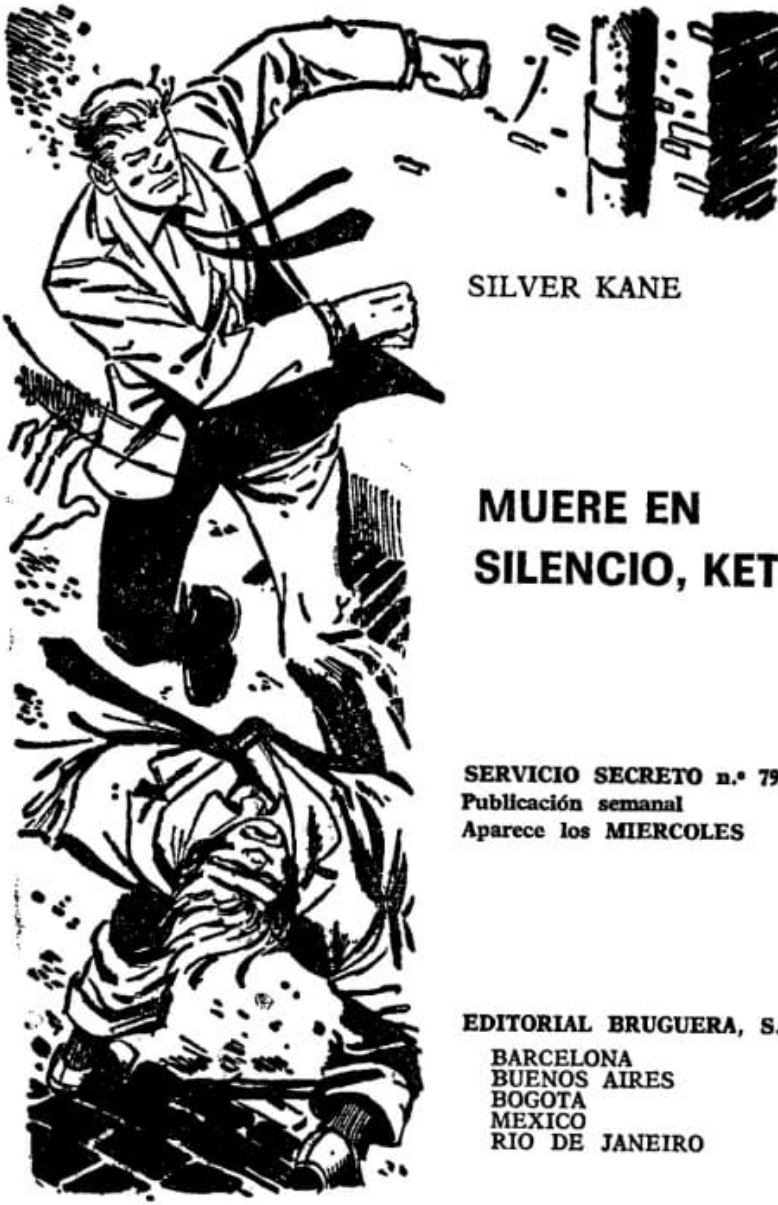
SERVICIO SECRETO

MUERE EN SILENCIO KETTY

silver kane

MUERE EN SILENCIO, KETTY



SILVER KANE

MUERE EN SILENCIO, KETTY

SERVICIO SECRETO n.º 79(
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 21312 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: Setiembre 1965

© SILVER KANE - 1965
sobre el texto literario

© DESILO - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 5348/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
921 — Jinetes en la niebla.

En Colección SERVICIO SECRETO:
787 — Flores para la muerta.

En Colección SALVAJE TEXAS:
451 — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:
315 — Hijo de la muerte.

En Colección BUFALO:
593 — El zorro y la tigresa.

En Colección ASES DEL OESTE:
320 — La ciudad de los fantasmas.

En Colección PUNTO ROJO:
178 — No llores ante mi fosa

En Colección METRALLA:
49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
143 — El hotel de las brumas.

En Colección BRAVO OESTE:
220 — El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
19 — Rumbo al Más Allá.

En Colección COLORADO:
409 — Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:
459 — Vendo mi cadáver.

UNO

Brigitte Hartman, la joven viuda de un alto oficial alemán, muerto tres meses antes en uno de los terroríficos bombardeos de la R. A. F. había decidido quitarse el luto aquella misma noche.

Ya estaba cansada de sus ropas negras, y además la ocasión resultaba muy poco adecuada para recordar a los muertos. Aquella misma noche estaba citada con Willard Johnson, un alto oficial norteamericano de las fuerzas de ocupación que manejaba los hilos de todo el mercado negro en la zona de mandato yanqui sobre Alemania. Willard vendía mantequilla y neumáticos para comprar mujeres hermosas, y últimamente había puesto los ojos en la todavía muy joven, muy apetitosa y muy apenada Brigitte. Una apenada viuda que ya en su primera entrevista, sostenida por un motivo casual, le enseñó solo al sentarse el triple de lo que otras mujeres solían enseñarle.

Y ahora Brigitte estaba en su medio ruinoso departamento, junto a las oficinas de lo que había sido una gran planta de frío industrial, meditando sobre qué vestido ponerse.

¿Uno blanco, que contrastaría con su luto anterior?

¿Otro rojo y muy provocativo, que haría destacar aún más su larga cabellera rubia? ¿Una blusa y una falda sencillas, puesto que a Willard le gustaban las mujeres inocentes?

Brigitte Hartman estaba sumida en esta importante duda aquella noche de setiembre de 1945, aproximadamente tres meses después de finalizar la guerra más cruel y destructora de todos los tiempos.

Fue entonces cuando oyó aquel ruido por primera vez.

Un ruido suave, breve, como si alguien con las uñas muy largas arañase poco a poco una puerta.

¿Qué podía ser?

Tonterías. Quizá un simple gato.

Alemania, en setiembre de 1945, estaba no solo llena de gatos solitarios sino también de perros que aullaban a la luna y de mujeres que se vendían durante la noche por un paquete de cigarrillos.

Brigitte se encogió al fin de hombros.

¿Y si a Willard Johnson le gustaba más el luto, al fin y al cabo? Lo cierto fue que cuando la conoció y mostró interés por ella, Brigitte vestía rigurosamente de negro.

Después de reflexionar un poco, Brigitte se fue vistiendo sus ropas de

luto. Primero la combinación, rigurosamente negra, con unas finísimas medias. Luego la falda. Se la estaba ajustando cuando oyó aquel ruido por segunda vez.

Las uñas muy largas que arañaban una puerta. ¿Cuál?

Brigitte miró por la ventana mayor de su apartamento. Todo en torno suyo, en aquella desolada Alemania de setiembre de 1945, eran ruinas. El mismo piso en que ella vivía se sostenía casi por un milagro de equilibrio sobre las bombardeadas instalaciones de la gran planta de frío industrial, en que había hallado la muerte su esposo durante los últimos días de la guerra.

En aquel momento sonó el teléfono. El teléfono era otra especie de milagro en aquel apartamento rodeado por cráteres de bombas, y la verdad es que funcionaba perfectamente. Brigitte, todavía a medio vestir, se olvidó al instante de aquel sospechoso ruido en una puerta para atender a la insistente llamada del teléfono.

Como había imaginado, era Willard, Willard solo quería recordarle su cita.

—… Y ven vestida de luto. Vestida de luto me vuelves loco, muñeca. Esta noche cenaremos en un club que acaba de ser reconstruido y luego te invitaré a unas copas en mi piso. Tengo un piso magnífico, ¿sabes?… Sí, requisado. Yo creo que te gustará vivir en él… Pero no adelantemos los acontecimientos, muñeca. Dentro de media hora pasaré a buscarte. Ya verás cómo no te arrepientes de haberme concedido una noche…

Brigitte le prometió que estaría lista, y luego colgó. Una indescifrable sonrisa flotaba en sus labios.

Brigitte empezó a arreglarse el peinado entre los restos de lo que había sido un magnífico cuarto de baño, mientras pensaba en la nueva vida que iba a iniciar.

Ella solo tenía veintisiete años, estaba en lo mejor de su belleza y no dejaría pasar ninguna oportunidad sin aprovecharla. Cuando se casó por primera vez, cinco años antes, con un alto oficial del Ejército que además pertenecía al partido nazi, lo hizo fría y cerebralmente, pensando solo en su porvenir. Entonces ella estaba segura de que Alemania ganaría la guerra, sería dueña del mundo y ofrecería a sus generales unas perspectivas que jamás pudieron soñar. Desgraciadamente lo único que su marido había podido ofrecer a Brigitte, en cinco años de infierno, había sido una relativa protección contra el hambre, contra el frío y contra los bombardeos… hasta el último minuto de la guerra. Cuando millones de seres habían sido asfixiados por los escombros o habían muerto quemados vivos bajo las bombas de fósforo, ellos dos aún podían gozar de una relativa tranquilidad en aquella inmensa planta industrial donde los científicos alemanes hacían experiencias sobre el frío aplicado a la conservación de los alimentos. Su marido, el general Hartman, le había

dado solamente aquello, un poco de tranquilidad en el infierno de la guerra, pero sin convertirla en la archiduquesa que ella siempre soñó ser. Y cuando, casi a punto de firmarse la paz, aquella oleada de bombarderos ingleses redujo a cenizas la fábrica, sepultando entre los escombros a su marido, ella no lo sintió demasiado. Incluso se quedó a vivir en el mismo sitio, en uno de los apartamentos que aún quedaban en pie, esperando que su vida cambiaría.

Y ahora su vida había cambiado. Ahora estaba a punto de convertirse en la protegida de un general norteamericano. Y los norteamericanos —ellos sí— tenían dinero y habían ganado de verdad la guerra.

Brigitte terminó de arreglar sus hermosos cabellos rubios y dio ante el espejo los últimos toques a su sencillo maquillaje. Ella tenía la suerte de no necesitar demasiados cuidados para ser realmente hermosa. Y sus años de casada le habían dado ese tono de madurez, de experiencia, de picardía, que una jovencita nunca puede tener.

Pensó que no se entregaría enseguida al general Willard Johnson. Le obligaría antes a hacer promesas muy concretas. Le volvería loco antes de permitirle conseguir del todo lo que él sin duda buscaba.

Brigitte sonreía enigmáticamente mientras terminaba de vestirse.

Estaba sencillamente deslumbradora a causa de su misma sencillez. Conocía bien las flaquezas de los hombres como Willard, y estaba segura de volverle loco.

Fue en ese momento cuando oyó por tercera vez aquel ruido tan extraño.

Como el roce de unas uñas contra la madera de una puerta. Sí, era exactamente eso. *Como el roce de alguien que tuviera las uñas demasiado largas…*

Brigitte, que hasta entonces no había hecho demasiado caso de aquel ruido, sintió repentinamente miedo.

¿Pero por qué? Nadie podía intentar nada contra ella.

No era fácil que hubiese ladrones en una zona materialmente cribada por la policía militar. Nadie podía llegar tampoco hasta allí, porque ella tenía no solamente la llave del apartamento, sino también la llave de la planta baja, de la puerta que daba a la calle. Solo alguien podía haberse deslizado desde…

La mujer se estremeció.

¿Desde dónde?

Era absurdo…

Desde los antiguos sótanos de la fábrica, desde las ruinas ya completamente cubiertas y cegadas donde solo descansaban para siempre docenas de cadáveres. Aquellos sótanos comunicaban con la escalera por medio de pequeños resquicios, pero estaban tan derrumbados, tapados, cegados y cubiertos que ni el hedor de los cadáveres surgía por allí. Nada,

ni una rata fugitiva. Era como si bajo la casa existiera un cementerio, pero tan completamente aislado por los escombros que los mismos yanquis y las brigadas de saneamiento habían considerado innecesario hacer nada allí.

¿Podía haber surgido alguien… de aquellos sótanos? *¿Alguien con las uñas muy largas?*

Brigitte pensó que debía tratarse de un gato. Los gatos penetran por los sitios más inverosímiles, y quizá se había colado tras ella esa misma tarde, cuando al regresar a su casa dejó unos segundos la puerta de la calle abierta.

De pronto Brigitte resolvió salir de dudas.

Aquel sonido se repetía y era intranquilizador. Alteraba sus nervios.

Escuchó atentamente, y de pronto llegó a la conclusión de que precisamente estaban arañando la puerta del piso. Fuese quien fuese, se encontraba precisamente al otro lado de aquella puerta.

Brigitte se dirigió hacia allí.

Su alta y escultural figura realzaba aún más sobre los altísimos tacones, que daban a cada uno de sus pasos un sonido elegante y discreto.

Brigitte abrió de repente la puerta.

Y entonces se encontró ante el horror mismo. Ante lo increíble.

Ante aquellos dedos que efectivamente, *tenían las uñas muy largas.*

Lanzó un grito de horror, mientras retrocedía unos pasos, y aquella figura avanzó. En sus ojos no había ninguna expresión, ningún deseo, y era precisamente eso, su falta de humanidad, lo que los hacía tan espantosos. Las manos seguían tendidas hacia ella, hacia su garganta…

Brigitte lanzó otro grito terrible mientras sentía como si le estrujaran el corazón dentro del pecho.

Sus espaldas chocaron contra la pared que tenía tras ella.

Resbaló poco a poco, con los ojos muy abiertos, mientras abajo, en la calle, un general americano llamaba inútilmente a la puerta…

DOS

Ronald Punker, famoso físico conocido en todo el mundo por sus investigaciones sobre el frío, dejó el expediente sobre la mesa y miró a los diez hombres que estaban reunidos con él en un lugar donde habitualmente no hubieran debido reunirse nunca: El Senado de los Estados Unidos.

Ninguno de aquellos diez hombres era político, y ninguno ocupaba el menor cargo en el Gobierno norteamericano. Sin embargo, se les había autorizado no solo para reunirse allí, sino que además aquella reunión a puerta cerrada era el centro de atención de todo el mundo civilizado.

Docenas de periodistas aguardaban en el exterior, pero no se les permitía franquear la entrada ni tomar ninguna foto. Las cámaras de televisión, ya montadas y en disposición de funcionar, no habían captado aún ni una sola imagen. Los locutores de radio aguardaban impacientes, con sus equipos a punto, a que apareciesen aquellos once hombres que se habían reunido para tomar una de las decisiones más apasionantes y al propio tiempo más comprometidas de su época.

Ronald Punker, el jefe de la comisión, los contempló fijamente.

Tres de los hombres eran militares y representaban a las potencias más temibles de la Tierra. El general Ferguson a los Estados Unidos de Norteamérica, el general Boudine a la Rusia soviética, y el general Chen-Gi-Lai a la que aún no era una potencia de primera magnitud, pero estaba alcanzando a pasos agigantados un poderío casi universal: la China comunista. Aquellos tres hombres que un día podían ser enemigos, se habían reunido allí para tratar con toda seriedad un problema que afectaba a todos los seres del mundo: Si estaban seguros de que no se produciría ninguna guerra atómica. Los tres hombres habían contestado negativamente, es decir que no estaban seguros. Una guerra atómica podía producirse, y en ese caso entraba en lo posible que no quedara sobre la tierra ningún vestigio de existencia humana.

Esa había sido la primera fase, es decir la determinación exacta de que el peligro existía y su realización podía ser de consecuencias fatales para la Humanidad entera.

Ronald Punker siguió contemplando a los demás miembros de la comisión.

Dos de ellos eran Premios Nobel, y habían conseguido aquel supremo

galardón por sus sensacionales descubrimientos de la Biología y de la Química Orgánica. Tres más eran industriales especializados en la obtención del frío a gran escala. Los otros dos eran un filósofo y un juez, considerados en sus respectivos países como cerebros de primera categoría. En suma, quizá nunca se había reunido en Washington una comisión tan insigne, considerada desde el punto de vista científico, y al mismo tiempo tan extraña.

Ronald Punker, que era el que resumía y daba forma a las conclusiones de la comisión, dijo lentamente:

—… El caso que les acabo de narrar, señores, es decir la muerte de una insignificante mujer alemana llamada Brigitte Hartman ocurrió hace casi exactamente diez años. Un suceso que apenas ocupó entonces veinte líneas en los periódicos alemanes, y en el que la misma policía no hubo de intervenir apenas, puesto que ni siquiera se trataba de un asesinato. Y sin embargo, fue el punto de partida de uno de los acontecimientos más importantes para el destino de la Humanidad entera.

Puso la mano sobre las cuartillas que acababa de leer, y que resumían todo el expediente relativo a la muerte de Brigitte Hartman, y miró uno por uno a sus interlocutores. En aquellos ojos, tras los que había cerebros de primera clase, no leyó expresión alguna. Diríase que aquellos hombres no pensaban, y sin embargo Punker estaba seguro de que analizaban una por una todas sus palabras. Fue el general chino Chen-Gi-Lai el que preguntó al cabo de unos instantes:

—¿Quién apareció tras aquella puerta era entonces el esposo de Brigitte Hartman?

—En efecto, así fue.

—¿Y no hizo nada contra ella?

—No. Solo pretendía abrazarla. El hombre estaba más asustado, más hundido en su propio mundo de horror, que Brigitte misma. Cuando el corazón de Brigitte falló a causa del miedo, el hombre se echó a llorar.

—Y oficialmente llevaba muerto tres meses…

—Así era. Muerto y sepultado. En la habitación donde la bomba le hundió, no entraba el aire. No había alimentos. No existía la más remota posibilidad de encontrar agua. La oscuridad era absoluta, y por consiguiente capaz de enloquecer a cualquiera que se hubiese dado cuenta de lo que sucedía. Por lo tanto hemos de convenir en que todas las condiciones eran absolutamente negativas para la existencia humana. Un hombre, aun en el supuesto de que no hubiera sido alcanzado por las bombas, como era el caso del general Hartman, no podía de ningún modo vivir allí. No podía vivir ni siquiera tres días.

Fue cargando su pipa, con movimientos muy calmosos, y añadió:

—Sin embargo, el general Hartman vivió tres meses, e incluso encontró fuerzas para salir de allí empleando un leve resquicio que los escombros

habían dejado. La explicación, aunque entonces aún no tenía una base científica, estaba en el hecho de que en el lugar donde fue sepultado siguieron funcionando las grandes instalaciones de frío industrial que un grupo de expertos alemanes había montado para ensayar la conservación indefinida de los alimentos. Aquellas instalaciones, que contaban con equipos autógenos, siguieron funcionando de una manera automática en parte de los sótanos semiderruidos y completamente tapados por los escombros superiores. Precisamente en el más frío de los departamentos quedó sepultado Hartman.

—Y se heló por completo… —dijo suavemente el general chino.

—En efecto, se heló. En cierto modo quedó muerto. Pero en lugar de extinguirse por completo su vida, se produjo en él un fenómeno que entonces aún no podía explicarse de una manera concreta, y que hoy llamamos *hibernación.* Es decir, todas las funciones vitales quedan *suspendidas,* pero *no se extinguen.* Ese fue el hecho que llamo la atención a los científicos de todo el mundo. Una casualidad había demostrado que la hibernación era posible con seres humanos. Claro que las circunstancias que habían concurrido allí eran rarísimas, y la ciencia aún había de enfrentarse a muchos fracasos antes de obtener algún resultado concreto, pero estaba demostrado que un hombre podía ser sometido a tratamiento hoy, suspendiéndosele la vida, *para ser resucitado al cabo de veinte o veinticinco años.* Semejante posibilidad ha sido estudiada por hombres de ciencia de todo el mundo, y hoy tiene una base científica que podemos considerar indestructible. Tal ha sido precisamente el motivo de nuestra reunión.

Ronald Punker guardó silencio y volvió a escrutar los rostros de sus compañeros de comisión. Habían llegado al punto decisivo, al momento de la gran prueba. Con voz grave, un poco ronca a causa de la emoción, continuó lentamente:

—Ante a posibilidad de una guerra atómica que acabe con la Humanidad entera, posibilidad que ha sido bien demostrada por los generales aquí presentes, se ha pensado en someter a la hibernación a un solo hombre y a una sola mujer, colocarlos en refugios atómicos independientes y asegurarles un *sueño* de alrededor de diez años. De este modo, aunque las bombas atómicas acabaran con la Humanidad entera, una pareja surgiría de nuevo a la vida cuando incluso las radiaciones mortales —que aún perduran muchos años después de los bombardeos— hubieran cesado sobre la Tierra.

—Y la Humanidad podría ser reconstruida —dijo con voz lenta otro de los comisionados.

Por unos momentos se produjo el silencio. Todos se daban cuenta de lo importantísimo —y al propio tiempo lo sumamente extraño— de su misión.

Al fin fue el juez quien habló. Su voz era grave, casi dolorosa, porque se daba cuenta de que entre todos iban a dictar una sentencia que podría decidir un día la suerte del mundo.

—Como es lógico —afirmó— resultaba muy difícil conseguir unas instalaciones científicas que hicieran posible ese milagro, pero tales instalaciones se encuentran hoy listas y en situación de funcionar. Se ha considerado —tras arduos estudios— que debían estar montadas en uno de los lugares más seguros del mundo: el subsuelo del Banco de Inglaterra. Lo más difícil, sin embargo, era elegir la pareja humana, un hombre y una mujer, a los que consideráramos poseedores de todas las virtudes físicas y morales imaginables. En efecto, debían ser una pareja de salud perfecta, pero no bastaba. Seleccionar a un campeón de «Catch» y a una campeona olímpica resultaba sencillo, pero su inteligencia debía ser también superior, lo que ya no es tan frecuente. Al propio tiempo tenían que ser dos personas intachables moralmente, ya que las dificultades inmensas que les plantearía su nueva vida solo podrían ser afrontadas por espíritus de primera clase, por un hombre y una mujer que tuvieran una noción muy exacta del valor, de la abnegación, del sacrificio. En una palabra, dos seres nacidos para realizar el Bien.

Dejó una pequeña pausa, dándose cuenta de la atención expectante con que todos le seguían, y luego continuó:

—Existía también otra dificultad, y no precisamente de las más pequeñas. Habíamos de contar con que en un mundo vacío y deshabitado, dentro de diez años, el hombre y la mujer *resucitados* se encontrarían. Pero habían de ser un hombre y una mujer con posibilidades muy claras de *gustarse* y de *amarse* mutuamente. Por ello convinimos todos en que habían de ser una pareja de la misma raza y aproximadamente de la misma edad, siendo el hombre unos cinco o seis años mayor que la mujer. Lo lógico era pensar en una pareja de novios que se amaran intensamente y que estuviesen dispuestos a afrontar la terrible prueba. Porque hay que pensar que a los seleccionados no se les ofrece ninguna ganga. En primer lugar la experiencia puede resultar mal y costarles la vida. En segundo lugar, renuncian a su boda inmediata, a su felicidad actual, aplazándolo todo para dentro de diez años. ¿Qué persona sana, joven, inteligente y enamorada está dispuesta a morir durante diez años? Y si encontramos al hombre, ¿qué pensará la mujer? ¿Estarán ambos dispuestos al sacrificio? Eso ha aumentado nuestras dificultades hasta extremos inconcebibles, puesto que además no queríamos hacer publicidad de nuestro trabajo ni organizar un concurso, a fin de conservar siempre la necesaria seriedad. Por fin, y tras largas deliberaciones, convinimos todos en que la raza más perfecta es la raza blanca. Incluso nuestros ilustres colegas negros y asiáticos fueron lo bastante imparciales para admitir esa verdad científica. Iniciamos nuestra búsqueda, pues, entre parejas de la raza blanca que

hubieran cursado estudios superiores, y seleccionamos casi un centenar, todas las cuales eran cerebros de primera categoría y que además se amaban. Es decir, muchachos y muchachas que hubiesen terminado brillantemente sus carreras y que además estuvieran a punto de casarse.

Hizo otra breve pausa, cerró un momento los ojos, como para resumir sus pensamientos, y continuó:

—Luego hubo que hacer profundas investigaciones sobre los factores hereditarios de esas parejas, sobre su fecundidad —porque todo el esfuerzo hubiese resultado inútil caso de seleccionar a una pareja estéril— y sobre su moralidad y espíritu de sacrificio. Por fin llegamos a una conclusión y seleccionamos a una sola pareja que nos parecía la ideal y que estaba dispuesta además a afrontar la prueba. Esa pareja está formada por dos jóvenes ingleses, él de veintidós años y ella de dieciocho, que viven en Londres y han estudiado Biología, Química y Medicina. Todos estudiamos sus expedientes y estuvimos conformes con la selección. Por lo que, ahora, señores, si no tienen inconveniente, daremos a los periodistas los nombres de quienes van a afrontar la gran prueba.

Todos asintieron en silencio. El juez miró a Punker, y este apuntó en una hoja de papel los dos nombres.

—Ketty Seymur y Pat Connor —apuntó—. Residentes en Taviton Street, en los edificios dependientes de la Universidad de Londres.

Luego todos se pusieron en pie. Estaban silenciosos, hoscos, taciturnos. Sus rostros parecían tallados en piedra.

TRES

La casa estaba aislada de todas las demás. Situada entre verdes prados y rodeada de un jardín semisalvaje, hubiera resultado un lugar ideal para el descanso de no ser por los ruidos que producían los aviones en el relativamente cercano aeródromo de Croydon. Ver aquella casa tan tranquila, tan solitaria, producía sin embargo, una indefinible sensación de paz.

Aquella pareja —un joven y una muchacha— se acercaron a ella corriendo alegremente a través de los prados. Un par de veces se detuvieron a ver los aviones que allí ya perdían altura, para enfilar las pistas del aeropuerto y luego continuaron corriendo como dos chiquillos.

Sin embargo se adivinaba que aquella alegría no era natural. En cierto modo ellos la forzaban. *Querían estar alegres.* Había algo, no obstante, que los entristecía en cuanto se detenían a pensar. Aquel algo era uno de los secretos mejor guardados del mundo.

Al llegar a la cancela, el joven la empujó y entraron los dos en el jardín.

Este parecía abandonado, pero no lo estaba. Las flores y las plantas crecían en él de una manera semisalvaje, solo en apariencia. En realidad la muchacha, que era quien cuidaba el jardín, había buscado aquella sensación premeditadamente.

—¿No te parece hermoso, Pat?

—Sí, Katty. Es maravilloso…

—Hay flores de todas clases. Flores que incluso normalmente no hubieran crecido en este clima. Cuando vivamos aquí todo será incluso mucho más bonito, Pat.

Él le pasó una mano por los hombros, suavemente.

—A veces me parece mentira que este haya de ser nuestro hogar, Ketty.

—Pues ya lo es. Yo lo compré con el poco dinero que me dejaron mis padres, Pat. Es nuestro.

—El hecho de que lo hayas pagado tú es lo único que me molesta, Ketty.

—¿Por qué? ¿Es que una mujer debe ir con las manos vacías a su matrimonio?

—Bueno, no hablemos de eso.

—No te pongas triste, Pat. Sería una tontería. Encontrar una vivienda en Londres es lo bastante difícil como para no desaprovechar oportunidades

de esa clase. La casa nos resultó baratísima.

Y Ketty echó a correr hacia la puerta principal de entrada. Quería estar alegre, alegre sobre todas las cosas, a pesar de que una extraña tristeza la corroía por dentro. Pat vino tras ella y la besó silenciosamente en la nuca.

Estuvieron así unos momentos, quietos, mientras en torno suyo el viento acariciaba las hojas del jardín.

Ketty iba a introducir su mano entre dos rendijas de la fachada de piedra, donde estaba oculta la llave, pero en ese momento la puerta se abrió silenciosamente.

Una mujer apareció en el umbral y les miró con una sonrisa semiburlona flotando en sus gruesos labios.

—Estáis muy acaramelados —susurró, al ver que Pat aún no había apartado del todo sus labios de la nuca de Ketty.

Los dos alzaron la cabeza para mirarla. En los ojos de Pat hubo un cierto asombro, en los de Ketty hubo además una dosis mal contenida de ira.

—¿Tú aquí, Stella?

Ella le tendió, sonriendo, la llave de la casa.

—Conozco dónde guardáis este pequeño tesoro, y como no os he encontrado me he atrevido a entrar. ¿Os sabe mal?

—No… De ningún modo.

Pero a partir de aquel momento incluso la forzada alegría de Ketty desapareció. La presencia de Stella le había producido un impacto que era incapaz de disimular.

Stella, dos años mayor que ella, dueña de una maravillosa y provocativa línea, mujer apasionada cien por cien, en cada uno de cuyos gestos palpitaba un oscuro deseo, envolvió a Pat en una mirada turbia.

Ketty se dio cuenta de eso. De sobras sabía lo que Stella pensaba acerca de su primo Pat.

—Si queréis os prepararé un combinado —dijo Stella, entrando de nuevo—. Veo que tenéis bebidas.

Fue hacia un mueble bar del vestíbulo, andando cadenciosamente, y extrajo dos botellas. Procuró que, al inclinarse, la espléndida anatomía de su espalda destacara con poderosa atracción.

Bebieron los tres en silencio, aunque luego Stella hizo alegres comentarios sobre la próxima boda de Pat y de Ketty.

Esta preguntó de pronto:

—¿Y tú por qué no te casas, Stella?

Stella lanzó una carcajada, mientras cruzaba las piernas. Claro que en aquel año de 1955 la falda se llevaba relativamente larga…

—Yo no puedo casarme —confesó tranquilamente—. Estoy enamorada de mi primo Pat…

Pat rio, aunque se adivinaba que lo hacía forzadamente.

Ketty no rio en absoluto.

—Si queréis os dejo —dijo con suavidad—. Voy al jardín a recoger flores.

Pat se puso en pie también.

—Por favor, no seas tonta…

—Es lógico que hables con tu prima. ¿Para qué voy a estorbar?

Salió de la casa, mientras Stella se preparaba otro combinado con movimientos pensativos. Pat la siguió al jardín.

—No debes ser así, Ketty, no hay motivo…

Ketty hundió la cabeza.

—¿De veras no lo hay?

—Ya sabes que Stella es caprichosa y ligera de cascos. No hay que dar importancia a lo que dice. Además, ¿qué secretos puede haber entre los dos si ella habla precisamente delante tuyo?

—Ya me doy cuenta, pero…

—¿Pero qué?

—Mí instinto de mujer no me engaña, Pat.

—Los instintos engañan igual que todas las cosas. Lo que deberías hacer es quitarte esas ideas de la cabeza, Ketty.

—¡Es que hay tantas cosas que se oponen a nuestra felicidad!

Las lágrimas brillaban en los ojos de Ketty. Pat le acarició los cabellos mientras susurraba con dulzura:

—¿Muchas cosas? ¿Cuáles?

—En primer lugar, podríamos ser elegidos para ese experimento.

—Si lo fuéramos, deberíamos estar dispuestos a aceptar el sacrificio, Ketty. Tú y yo somos científicos. Negarnos a una de las experiencias más apasionantes de la Historia de la Humanidad sería como renegar de nosotros mismos.

—Pero no es solo eso. Se trata también de Stella.

—Stella no significa nada. ¿Qué motivos te he dado para pensar en otra cosa?

—No… Ninguno, desde luego.

—Lo mismo podría pensar yo de tu primo Jules.

—Ese es el otro obstáculo que enturbia nuestra felicidad. Jules sigue deseándome, sigue enamorado de mí. Asegura que si me caso contigo es capaz de matarme.

Pat lanzó una carcajada. Y esta vez sí que fue una carcajada alegre, sincera.

—Jules es un fanfarrón. No debes temer nada de él.

—Pero…

Pat le impuso silencio poniéndole un dedo en los labios, suave y dulcemente.

—Tenemos cosas más importantes en qué pensar ahora. Ven.

Por una puertecilla lateral, cuya llave tenía Pat, entraron en los sótanos de la casa. Estos eran muy pequeños y apenas bastaban para que Pat tuviera allí un reducido laboratorio y con instrumental más bien modesto, aunque moderno. Pat se acercó al tablero de cinc que ocupaba todo un lado de pared y tomó en sus dedos lo que parecía una pequeña caja metálica, aproximadamente la mitad del tamaño de una caja de zapatos. Debía pesar mucho, porque hubo de cerrar la mano fuertemente para tenerla bien sujeta.

—Una de las preocupaciones que tengo es esta —declaró.

—¿Tu mina térmica?

—No pasa de ser un proyecto, pero puede perfeccionarse. Y en cierto modo lamentaría que así fuera. Podría convertirse en un arma muy poderosa dentro de una guerra convencional.

—Si es eso lo que piensas, ¿por qué no olvidas el invento?

—Varias veces lo he olvidado y varias veces lo he vuelto a estudiar, pensando que, al fin y al cabo, puede damos dinero. Se trata de un explosivo con una espoleta que obra simplemente al aumentar la temperatura. Uno puede graduarla por ejemplo a treinta grados y tiene la seguridad de que estallará apenas esa temperatura se alcance en el lugar donde esté situado el explosivo. No necesita contactos eléctricos, ni complicados aparatos de relojería, ni nada en absoluto. Tú gradúas esto a la temperatura normal de un lugar al mediodía, lo entierras por la noche y puedes tener la seguridad de que al día siguiente, a la hora calculada, estallará sin remisión. Aplicado a minas marinas, es un elemento ideal de sabotaje. Pueden ser depositadas en el fondo de un puerto sin peligro durante meses, hasta que las aguas alcancen una temperatura determinada, que generalmente siempre es la misma en meses fijos del año. En fin, no pasa de ser un simple proyecto, realizado por ahora en escala miniatura… pero no me gustaría que nadie se apoderase de él. Y pienso que si somos elegidos… estaremos diez años sin venir aquí.

Ketty dijo con un soplo de voz:

—Diez años…

—Cuando pienses en eso, debes pensar solamente en el progreso de la ciencia, Ketty. Nuestro egoísmo personal no cuenta.

—Comprendo… ¿Pero dónde ocultarás eso, por si estás diez años sin poder vigilarlo?

Pat meditó durante algunos instantes. Luego sus ojos se iluminaron de repente.

—Ya sé.

—¿Dónde?

—Uno de los tiestos del jardín. Enterrarlo en uno bien grande, que no tenga plantado nada.

—En todos hay semillas.

—Mejor. Será un tiesto como tantos otros. Graduaré esto a veintisiete grados y lo colocaremos a la sombra. Jamás se alcanza aquí una temperatura tan elevada.

—Como quieras, Pat. Pero sería mejor que no nos eligiesen. Que no hubiera necesidad de eso.

—Si no nos eligen, mejor para lo que aquí nos interesa. Dentro de unos días saco del tiesto esta cajita, y en paz.

Salieron al jardín. Pat eligió un tiesto grande, enterró la cajita profundamente, en la tierra, y respiró satisfecho.

—Ya está…

Ella quedó quieta junto a él, respirando entrecortadamente, mirándole a los ojos.

—Pat…

Pat la besó. No se dio cuenta de que Stella les miraba desde la puerta con una sonrisa burlona.

Aquella noche, cuando regresaron a su hogar, en Taviton Street, encontraron un mensaje altamente confidencial donde se les indicaba que habían sido elegidos para «el gran experimento». Y se señalaba la fecha de realización: 3 de octubre de 1955.

CUATRO

El calendario de pared señalaba la fecha: 3 de octubre de 1955. Era un día nuboso, gris y desapacible, en el que la niebla parecía aplastarse sobre los tejados de Londres.

Desde una ventana de Taviton Street, la calle en que se encuentran muchas residencias para los alumnos de la cercana Universidad, un hombre y una mujer contemplaban el gris horizonte.

No podían decir que estuviesen alegres, y sin embargo sus ojos reflejaban una extraña esperanza. Práctica mente podía decirse que iban a morir aquella mañana su amor, sus proyectos de matrimonio, todo, quedaría suspendido durante diez años. Sin embargo, luego conocerían un mundo muy cambiado, quizá completamente distinto, tal vez deshabitado y siniestro, pero ellos seguirían vivos y *teniendo la misma edad.* Es decir, sus ilusiones, sus proyectos, podrían reanudarse. Ayudaban además, a uno de los experimentos más importantes para el destino de la Humanidad. Pero a cambio de ello tenían que morir aquella misma mañana…

Todo había sido llevado en el más riguroso secreto. No se permitió a los periodistas tomar fotos de la pareja ni celebrar entrevistas. Los nombres de Pat Connor y de Ketty Seymur eran conocidos, pero nada más. Su residencia no había sido comunicada a nadie.

Solo ellos mismos y unas cuantas personas de su círculo íntimo conocían que iban a ser trasladados al Banco de Inglaterra aquella misma mañana, en una sección de cuyos sótanos, especialmente preparada, tendría lugar el sensacional experimento.

Ketty quedaría en el ala oeste de la sección. Pat en el ala este.

Instrucciones para la salida serían depositadas al alcance de su mano, para cuando despertasen, así como alimentas y medicinas. Luego las puertas de acero se cerrarían y no serían abiertas desde fuera hasta transcurridos diez años… o quizá nunca más, porque ya no quedaría en el mundo nadie para abrirlas, en cuyo caso deberían ser abiertas desde dentro, según las instrucciones que Pat y Ketty tendrían. Por la noche los dos habrían *muerto.* Este hecho les parecía asombroso, increíble, ahora que estaban juntos y llenos de vida.

Hasta entonces el experimento había sido como una cosa lejana e inconcreta, pero ahora que veían encima suyo los resultados, la tensión dramática en que se notaban envueltos aumentaba. Ninguno de los dos

podía creer que dentro de unas horas *hubiese muerto.*

Porque, en efecto, se trataba de una muerte, aunque fuese provisional. Todas sus funciones vitales serían suspendidas. Ni siquiera les crecerían las uñas, como en el caso del ya olvidado general Hartman. Despertarían al cabo de diez años tal y como estaban *hoy.*

¿Pero subsistiría su amor? ¿Serían los mismos? ¿No habría muerto también su cariño, aquel algo que ahora hubiesen querido conservar a toda costa?

Ketty no podía más. De repente habían aparecido lágrimas en sus hermosos ojos.

—Ahora, de repente, tengo mucho miedo, Pat —susurró—. Ahora, de repente, veo que no es tan hermoso como pensamos al principio. Nosotros tenemos que hacer un alto en nuestras aspiraciones, en nuestra vida… ¿Y qué ganamos a cambio? ¿Qué será de nosotros?

—No podemos pensar como dos egoístas —susurró Pat, acariciándole los cabellos suavemente—. Cierto que lo más probable es que no ganemos nada, pero vivimos una aventura única y ayudamos al progreso de la Humanidad. Si lo nuestro resulta bien, ¿quién sabe a dónde puede llegarse? Además dentro de diez años tú y yo nos amaremos igual, pequeña…

Ketty, todavía con lágrimas en los ojos, dijo tercamente:

—No, Pat, no debimos aceptar nunca… Pero solo hay una cosa que en cierto modo me alegra.

—¿Cuál?

—Así me veré libre de la persecución de mi primo Jules. Dentro de diez años, si todo sigue igual en el mundo, él habrá resuelto su vida sentimental. No dirá las salvajadas que siempre me dice.

Las facciones de Pat se ensombrecieron. Sus labios temblaron ligeramente al preguntar:

—¿Es que otra vez ha vuelto a…?

—Sí, otra vez ha querido besarme… ¡Y si solo fuera eso, Pat! Cada vez que me encuentra me dice cosas que no me atrevo a repetir, cosas que ofenderían a una prostituta de la calle. Asegura que seré suya y te matará… —de pronto se dio cuenta del grave significado que podían tener sus palabras—. ¡Oh, Pat, nunca debí contarte esto! Ahora que necesitamos todas nuestras energías, toda nuestra calma, yo vengo a turbarte con…

La mano que acariciaba sus cabellos se había crispado ligeramente, pero luego volvió a acariciarlos con la misma ternura, con la misma suavidad.

—No pensemos en eso, Ketty… —susurró él—. No es momento para pensar en venganzas, en peleas y en rencores que dentro de diez años no existirán. Necesitamos de toda nuestra calma y toda nuestra serenidad. Se nos ha elegido porque tenemos un sentido de la justicia, de la paz y del amor, y no debemos ahora desmentir a los que han puesto su confianza en

nosotros. Olvidemos a Jules. ¿Sabes lo que ocurrirá dentro de pocos minutos?

—Lo sé, Pat, pero me gusta oírtelo explicar a ti. En tus labios las cosas me parecen distintas.

—Dentro de unos minutos —dijo suavemente él—, vendrán a buscarnos los médicos encargados de las tareas preparatorias. Ninguno de ellos nos conoce, pero supongo que serán unos médicos extremadamente competentes y enterados de su misión. Se nos aplicarán las primeras inyecciones para obtener una completa relajación de los músculos y un ritmo más moderado en el corazón. A partir de ese momento perderemos el conocimiento. Se nos colocarán también unos capuchones que permitirán que respiremos tan solo una mezcla de oxígeno especialmente enriquecida, con lo cual llegaremos en condiciones óptimas a la sala de refrigeración. Allí nos separarán. El tratamiento de congelación durará varias horas, y en las cámaras no habrá absolutamente nadie. Cuando, por medio de aparatos exteriores, sea comprobada nuestra *muerte,* el proceso habrá terminado y en cierto modo se nos olvidará hasta transcurridos diez años. Si entonces la Humanidad sigue como hasta hoy las puertas serán abiertas y nos enfrentaremos de nuevo al mundo. Si una guerra atómica ha extinguido todo vestigio de vida, la temperatura de nuestras cámaras aumentará gradualmente transcurrido ese tiempo, y por medio de corrientes eléctricas también automáticas se nos volverá a la vida real. Entonces cada uno de nosotros estará en condiciones de abrir su cámara… y nos encontraremos de nuevo, Ketty. ¿Imaginas algo más apasionante? ¿No te das cuenta de que entonces nuestro amor será cien veces mayor todavía?

Se notaba que Pat intentaba animarla, pero Ketty no podía disimular su tristeza. El hecho de que Jules, con sus amenazas, hubiera turbado sus últimas horas la dolía profundamente. Claro que pronto Jules no podría intentar nada contra Pat, pero mientras tanto…

De pronto llamaron a la puerta. Pat fue a abrir.

Era el juez Daladier, a quién ya conocía. El juez Daladier, de nacionalidad francesa, había formado parte de la comisión que los seleccionó. Iba vestido de negro, tan elegante como siempre, y ahora una suave sonrisa flotaba en sus labios.

—Vengo en calidad de notario, señor Connor —dijo amablemente—. Como es lógico, hace falta certificar que la persona a la que se somete a tratamiento es efectivamente usted, así como su prometida. Ya que yo les conozco, y como por mí cargo estoy más preparado para ello, extenderé las actas de identificación y les colgaré del cuello los medallones que acrediten su personalidad.

¿Les parece que empecemos ahora? Dentro de poco llegarán los médicos.

—Naturalmente… Podemos empezar cuando usted quiera.

El juez Daladier se sentó a la mesa, tras estrechar la mano a Ketty, y procedió a redactar dos minuciosas actas en las que se daba cuenta de las circunstancias del caso y se acreditaba que Ketty Seymour y Pat Connor eran las personas sometidas a experimento y depositadas en dos secciones distintas de los sótanos acorazados del Banco de Inglaterra. Ambos firmaron las actas, junto con Daladier. Esas actas serían luego ratificadas por el propio gobernador del Banco de Inglaterra y depositadas junto a los cuerpos inmóviles, para que estos, diez años más tarde, pudieran hacer uso de las mismas si convenía. Al mismo tiempo les colgó de sus respectivos cuellos dos medallas muy parecidas a las que se emplean para la identificación de los soldados, las cuales habían sido fabricadas especialmente y llevaban grabadas tres firmas de miembros de la comisión, así como el nombre del que las había de usar. Hecho todo esto, les estrechó las manos calurosamente.

—Gracias en nombre de la ciencia —dijo—. Estoy seguro de que dentro de diez años volveremos a vernos.

Abrió la puerta. Se oían ruidos abajo, en el edificio vaciado exprofeso. Eso indicaba que los médicos acababan de llegar.

Lo mismo Pat que Ketty estaban ansiosos, bañados en un sudor helado, y tenían la respiración alterada.

Al parecer, ninguno de los dos podía evitar la sensación de que estaban condenados a muerte.

Y de que la sentencia iba a cumplirse.

La tensión nerviosa era insoportable.

Se habían creído muy preparados, muy bien dispuestos para aquel momento supremo, pero ahora se daban cuenta de que el alma humana tiene energías y tiene también flaquezas que nunca se pueden sospechar.

De pronto, como sin darse cuenta, se encontraron uno en brazos del otro.

Era como la última y macabra despedida de dos seres que ya no volverían a encontrarse hasta más allá de la eternidad.

Los ojos de Pat se habían humedecido. Ketty, más débil, dejaba correr sus lágrimas mientras le besaba apasionadamente en la boca.

El silencio les envolvía, un silencio que era ya como la propia muerte que ambos iban a conocer.

* * *

El juez Daladier, discretamente, salió de la habitación. Se daba cuenta de que un viejo caballero como él no hacía más que estorbar en aquellos instantes.

Descendió las escaleras pesadamente, y abajo, en el pequeño vestíbulo, encontró a los tres médicos que iban a realizar las primeras intervenciones.

—Los tienen arriba, en el primer piso —dijo Daladier suavemente—. Es la única pieza de la casa que está habitada en estos momentos. Cuando gusten pueden empezar.

Los tres hombres subieron lentamente.

Arriba, en el primer piso, Ketty y Pat se habían separado. Se miraban fijamente a los ojos.

Había tanto dolor en ellos que Pat comprendió que estaban ambos a punto de perder la serenidad. Debían separarse.

Necesitaban estar a solas unos momentos para no dejarse llevar cada uno por la tensión dramática del otro.

—Voy a mí dormitorio —dijo Pat suavemente—. Permite que esté solo unos instantes, Ketty. Creo que lo necesito.

—Sí, Pat… Así debe ser.

—Hasta ahora mismo, Ketty.

—Hasta ahora mismo, Pat.

Sus manos se separaron poco a poco, sus dedos siguieron unidos, enredados entrañablemente hasta el último segundo.

Luego Pat fue a su habitación de estudiante, que estaba en el mismo piso, y dirigió a todo aquello, a sus muebles, a sus libros, una larga mirada.

No miró la figura humana que estaba agazapada en la habitación, y que se movía silenciosamente.

No vio que Jules, con las facciones deformadas por el odio, se acercaba a él sosteniendo entre las manos un delgado hilo de seda.

CINCO

Todo sucedió muy rápidamente. No se oyó tampoco el menor ruido.

Jules movió el hilo de seda con implacable habilidad y ciñó por detrás el cuello de su víctima. Sabía que con una leve presión bastaría, y en efecto así fue. Notó enseguida cómo Pat, con un leve estertor, quedaba inerte en sus brazos. Todo fue realizado con la frialdad, la perfección y la carencia de sentimientos de una operación quirúrgica.

Jules dejó caer poco a poco el cuerpo, procurando siempre no hacer el menor ruido.

Luego se acercó a la puerta, escuchando atentamente.

No se oían más que las palabras de los médicos, los cuales debían estar ya preparando las inyecciones para Ketty.

Una expresión de satánica alegría deformaba ahora las facciones de Jules.

Se daba cuenta, sin embargo, de que tenía que obrar con rapidez. Una vacilación podía estropearlo todo.

Desnudó velozmente el cadáver y se puso sus ropas, cambiándolas con las suyas propias. No olvidó, naturalmente, ponerse también la medalla. Como ambos eran de la misma estatura, el mismo peso y la misma edad, aquellas ropas le sentaban como hechas a medida. Luego ató a uno de los tobillos del cuerpo de Pat una cuerda fina y sólida que ya llevaba preparada.

Todo iba saliendo a pedir de boca.

La habitación daba a la parte posterior del edificio, y como este se hallaba vacío no era posible que nadie le viera desde las otras ventanas mientras descolgaba el cuerpo. De modo que lo sacó por la ventana, haciendo gala de una fuerza poco común, y lo fue descolgando poco a poco, haciendo ceder la cuerda, hasta que dos hombres vestidos de negro, que aguardaban ocultos en un rincón del patio central, recogieron el cuerpo. Jules lanzó también la cuerda.

Desde arriba, desde el primer piso, bisbiseó:

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Uno de los hombres bisbiseó también:

—Lo sacamos luego en el coche, por la puerta de incendios, y lo hacemos desaparecer hasta la noche. Luego lo arrojaremos por un acantilado. Cuando lo encuentren, varios días más tarde, llevará tu

documentación. ¿Ya la tiene?

—Está en el traje. Las ropas que lleva son mías. Hay también algo de dinero, unas entradas para el cine y cigarrillos. En fin, todo lo que un hombre normal puede llevar en un día cualquiera de su vida. No olvidéis ni un detalle.

—Descuida, Jules.

—Nos veremos… dentro de diez años.

—Nosotros estaremos dispuestos, Jules. Vale la pena esperar. Tú estarás en las mismas entrañas del Banco de Inglaterra. Saldrás de allí llevándote lo que te dé la gana…

Jules sonrió ásperamente. Sabía que era el golpe más sensacional que hubiera podido soñar. Valía la pena esperar diez años por aquello, diez años que, además, transcurrirían en un soplo. Había quien robaba, ocultaba el dinero y se dejaba atrapar para disfrutarlo después de la condena. ¿No valía la pena «dormir» un poco antes de ser multimillonario? ¿No era su proyecto infinitamente mejor?

Vio cómo sus cómplices desaparecían con el cuerpo por un recodo de la casa silenciosa y en ese momento se volvió hacia la puerta.

Era tiempo.

Un hombre acababa de abrir y le miraba escrutadoramente. Un hombre alto, de media edad, vestido de negro.

Y de pronto aquel hombre sonrió con amabilidad, como pidiendo disculpas.

—Todo está dispuesto, señor Connor —susurró—. Su prometida ya ha recibido la primera inyección. ¿Quiere pasar?

Jules vaciló. Bruscamente lo vio todo perdido. Ketty le reconocería, y entonces… Pero no podía negarse. Tenía que obrar con naturalidad, con entereza… Sintiendo que su rostro se bañaba en un sudor helado, balbució:

—Vamos…

Pasaron a la otra habitación. Ketty estaba tendida en su cama y le miró fijamente.

Una expresión de pasmo, de desolación, de horror, se dibujó en su hermoso rostro.

Fue a gritar y no pudo. La inyección que acababan de administrarle agarrotaba su garganta. Sus fuerzas fallaban. Sus ojos empezaban a nublarse… Solo veía ya la sonrisa sardónica de Jules. Fue a chillar todo su horror, todo su espanto, su indignación, su náusea… ¡y su cuerpo no respondió! Ketty no lo sabía, pero era ya como una estatua. Lanzó un último estertor, un estertor que en realidad no pasó de su garganta, y bruscamente notó que le ponían en la cabeza una capucha de goma. Todo dio vueltas, todo dejó de existir, todo murió para ella…

SEIS

El Banco de Inglaterra, a cuyos subsuelos fueron trasladados los cuerpos, es, junto con el Parlamento y la Corona, una de las instituciones más típicas de la Gran Bretaña.

En 1691, Guillermo Paterson, un comerciante londinense de procedencia escocesa, presentó ciertas proposiciones al Gobierno, pero, estando apoyado su esquema en las prácticas bancarias del Continente, fue recibido con frialdad, y hasta 1694 no fue aceptado el último de los proyectos de Paterson, surgiendo entonces la institución que vino a ser más tarde el Banco de Inglaterra.

Pero el esquema de entonces no era tanto el de un establecimiento bancario para financiar y facilitar el comercio como el de un centro destinado a proporcionar 1.200.000 libras para llevar adelante la guerra contra Francia. El esquema consistía esencialmente en suscribir y prestar a la Corona 1.200.000 libras. En compensación la Corona se comprometía a pagar anualmente la suma de 100.000 libras, en concepto de intereses a los suscriptores, que serían obtenidas mediante tributos impuestos «al tonelaje de los barcos y a las cervezas y licores». El Banco, llamado originalmente el «Banco de Tonelaje», vino a la existencia de esta forma. Los subscriptores del fondo serían incorporados a una compañía titulada: The Governor and Company or de Bank of England», y los que suscribieron por lo menos 500 libras, tendrían derecho a reunirse y a elegir un gobernador, un delegado del gobernador y 24 directores.

Sir John Houblon fue el primer gobernador elegido, y Miguel Godfrey, el primer delegado del gobernador. Sus nombres con los de los 24 directores (entre los que figura Guillermo Paterson) fueron inscritos en la carta del Banco, sellada el 27 de julio de 1694, en Lincolns Inn Fields. Miguel Godfrey no disfrutó por mucho tiempo del cargo de delegado del gobernador, pues fue muerto por una bala de cañón, en las trincheras de Namur, el 17 de julio de 1695, durante una visita al Rey, para hablarle de asuntos del Banco.

Que el Banco de Inglaterra representaba verdaderamente a la City de Londres se demuestra en el hecho de que los primeros directores eran comerciantes de la City y miembros de las principales corporaciones. Algunos de ellos fueron entonces, o más tarde, diputados del Parlamento, y seis ocuparon el cargo de Lord Mayor. Los directores electos no solían

perder el tiempo en el curso de los negocios, y habiendo recibido el nombramiento por la mañana celebraban su primer consejo por la tarde en la Sala de los Merceros. Se debatieron largamente los métodos que debían adoptarse al dar recibos a cambio de dinero contante, pues todos reconocían que el éxito del Banco dependía en gran parte de la confianza que el público pusiese en su seguridad como arca de custodia de los fondos sobrantes. Los directores acordaron tres métodos: los depositantes podían elegir entre tomar billetes equivalentes al dinero entregado, o bien abrir simplemente una cuenta en un libro, o bien recibir certificados del Banco, que comprometían a este en la medida de la cantidad depositada. En lenguaje moderno, el depositante podía recibir, a cambio de su dinero, billetes del Banco de Inglaterra, o abrir una cuenta de depósito o abrir una cuenta corriente; pero tenía que elegir, necesariamente uno de los tres métodos.

Los directores comenzaron cumpliendo con gran celo el deber de asistir a los Consejos, pero más tarde, se extendió el vicio de la falta de puntualidad, y así resultó que cada director llegó a estar obligado a depositar en un fondo 40 chelines, percibiendo media corona cada vez que llegaba antes de la hora de entrada y perdiendo la misma cantidad cada vez que salía antes de terminar la reunión. No es necesario decir que los joyeros miraban recelosos al nuevo Banco y pusieron en juego mil estratagemas y trucos para estorbar la marcha normal de su negocio.

El 31 de diciembre de 1694 el Banco trasladó su departamento público a Grocers'Hall, en Poultry, donde sus directores habían gozado de ciertas facilidades en las últimas semanas. En marzo de 1695, el Banco nombró agentes en Cádiz, en Madrid, Liorna, Lisboa, Oporto, Hamburgo, Venecia y Ámsterdam. A principios de junio del mismo año, algunos directores fueron a Amberes para establecer allí una sucursal.

En 1696, se hizo un intento para establecer un Banco Agrícola Nacional, pero, a pesar de que se aprobó la necesaria ley del Parlamento, al abrirse la suscripción pública, solo se cubrieron 7.100 libras de dos millones y medio que eran necesarios, procediendo 5.000 libras del rey. El Banco de Inglaterra se vio de este modo libre de un peligroso rival.

En conjunto el año 1696 fue una fecha crítica para el Banco, pero este sobrevivió a todas las dificultades, y en el año siguiente adquirió una posición fuerte y saludable. En 1707, 1720 y 1745 ciertas crisis financieras promovidas por acontecimientos nacionales, pero agravadas por los tradicionales enemigos del Banco, pusieron a este en dificultades temporales, de las que pudo salir triunfante. En 1797, los rumores de la invasión de Gales por los franceses provocaron un pánico financiero, y aunque el Banco de Inglaterra poseía grandes créditos, se hallaba escaso de metálico y de valores. Muy oportunamente intervino el Gobierno del día, en evitación de un asedio desastroso para el Banco, y una ley del

Parlamento dispuso que el Banco solo pagase al contado cuentas inferiores a una libra. Hasta 1821 no se normalizaron por completo los pagos en efectivo. Esta fue la última crisis grave experimentada por el Banco.

El Banco de Inglaterra es todavía una empresa privada, aunque tiene hoy, como siempre, una relación íntima con el Gobierno. Es el único Banco de la Gran Bretaña autorizado para emitir billetes, habiendo sido por muchos años el valor mínimo de estos de cinco libras. Los primeros billetes de diez chelines y de una libra emitidos en Inglaterra (durante la Primera Guerra Mundial) eran billetes del tesoro, pero poco antes de comenzar el segundo conflicto mundial se retiraron los billetes del tesoro, y el Banco de Inglaterra fue autorizado por el Parlamento para emitir billetes de 10 chelines y una libra, que son ahora dinero británico. Habla mucho en favor de la estabilidad del Banco de Inglaterra el que sus nuevos billetes fueron aceptados sin la más leve perturbación de la vida nacional.

El Banco imprimió sus propios billetes, y el de más importancia fue uno que valía un millón de libras, y que después de canjeado, se guardó como una curiosidad, aunque en general los billetes de más de cinco libras son destruidos y no reeditados a los tres años de haber sido retirados por el Banco; destrucción que antes se efectuaba a los diez años. Se han hecho muchos intentos para falsificar los billetes del Banco de Inglaterra, pero la mejor defensa de estos consiste en el uso de un papel propio especial.

Desde que dejó el Grocers'Hall, el Banco se ha mantenido fiel a la calle principal de la City, con la que está tradicionalmente asociado bajo el nombre de «La antigua señora de Threandneedle Street». Esta «Antigua Señora» estaba representada por una estatua en el frontón del edificio de Soane. Ahora, ha sido remplazada por una efigie de estilo moderno.

En 1734, el Banco se trasladó al lugar que ocupa todavía en el corazón de la City, limitado por Princes Street, Lothbuy, Bartholomew Lane y Threandneedle Street, donde se construyó un edificio adecuado, en el sitio de la casa legada a su viuda por sir John Houblon, primer Gobernador del Banco. El negocio del Banco debió avanzar a grandes pasos, puesto que tres años más tarde, los directores tenían que tomar en arriendo propiedades adjuntas. Se erigieron nuevos edificios en 1747 y 1748. En 1764, el Banco tuvo que comprar una nueva propiedad adyacente, y entre 1765 y 1770 se construyó un bloque de edificios, que comprendía una rotonda y cuatro salas abovedadas. Desde la fecha de su construcción hasta el año 1838, la rotonda fue la Bolsa para la venta de los «Consols» (valores del Gobierno), negocio que ahora se ha transferido enteramente al Stock Exchange» propiamente dicho.

Tales fueron los lugares y el ambiente en que había de desarrollarse uno de los experimentos más fantásticos e increíbles de nuestro tiempo: Un experimento capaz de lograr que los muertos volvieran a la vida.

SIETE

Gracias a Dios, en diez años no se ha producido ninguna guerra atómica. La Humanidad no se ha extinguido, pulverizada por las armas nucleares, como un día llegaron a temer los sabios y los jueces reunidos en Washington.

La experiencia a que fueron sometidos Ketty y Pat —o mejor dicho Ketty y Jules, puesto que Pat había sido eliminado antes— ya no tuvo por objeto preservar de la muerte a dos seres de la especie humana, para el caso de que todo vestigio de vida sobre el planeta llegara a desaparecer. El valor científico de experimento sin embargo, siguió siendo inapreciable. ¿Podrían volver a la vida dos seres después de estar diez años científicamente muertos? En otras palabras, ¿podría la vida humana ser «puesta en conserva», al igual que tantas otras cosas que han logrado conservarse ya?

Justamente diez años después de iniciado el experimento, la cuestión continuaba en pie. Pero lo curioso era que muy poca gente, fuera de unos cuantos científicos, se acordaba ya de aquello.

La vida es hoy demasiado rápida, y otros importantes acontecimientos habían desplazado la atención mundial.

El conflicto del Viet-Nam llenaba los titulares de los periódicos. Nuevos contingentes de hombres eran llamados a filas.

China se convertía definitivamente en la tercera potencia mundial.

Se había iniciado la carrera del espacio. Rusia lanzaba estaciones espaciales de un peso y un perfeccionamiento cada vez mayores.

Los americanos habían logrado situar el «Mariner» a una distancia increíblemente corta del planeta Marte. Las fotos que enviaba acababan de demostrar que al parecer no existía vida en aquel rincón del Cosmos.

Todos estos acontecimientos —y el transcurso implacable de diez años— habían hecho que la gente se olvidase de que dos cuerpos sumidos en un letargo mortal esperaban la resurrección en dos compartimientos especiales del subsuelo del Banco de Inglaterra.

Además, algunos de los científicos comprometidos en la empresa habían muerto ya. Quienes les sucedieron, guardaban un discreto silencio acerca del experimento, teniendo en cuenta que este podía quizá resultar un fracaso.

La ciencia no avanza gracias a impulsos publicitarios, sino, muy por el

contrario, gracias al trabajo lento y paciente de unos pocos hombres inclinados sobre sus libros o encerrados en sus laboratorios. Ninguna gran experiencia científica ha empezado promoviendo una campaña de Prensa.

Todas estas razones hicieron que la expectación mundial se hubiera desviado ya por completo de lo que estaba por ocurrir en el misterioso subsuelo del Banco de Inglaterra.

Sin embargo, pocos días antes de la fecha señalada para la conclusión del experimento, varios científicos se dirigieron a Downing Street número diez, en Londres, y pidieron ser recibidos por el primer ministro Harold Wilson. Este, que ya estaba enterado de los motivos de su visita, les atendió inmediatamente.

Fumando su pipa —que parecía ser tan necesaria para él como el habano para el difunto míster Churchill— atendió a sus visitantes y les dio en primer lugar las gracias por el hecho de que Inglaterra hubiera podido jugar un papel de tanta importancia en el feliz resultado de una de las experiencias más apasionantes de nuestra época.

—Me permito preguntarles, señores —añadió—, si todo se desarrolla normalmente.

—Con toda normalidad.

—¿Es constante la temperatura en los compartimientos dónde están encerrados los dos cuerpos?

—La temperatura y las condiciones de presión y humedad que habíamos calculado, se mantienen inalterables. Los mecanismos instalados junto a los dos compartimientos, han cumplido a la perfección.

—¿Cuál es el estado de los dos cuerpos?

—Ese es un enigma que no podremos revelar hasta dentro de muy escasos días, míster Wilson.

—¿No ha sido posible instalar un circuito cerrado de televisión, en virtud del cual los cuerpos pudieran ser observados continuamente?

Uno de los científicos carraspeó.

—Hace diez años, cuando el experimento fue iniciado, los progresos de la electrónica no podían compararse con los que contemplamos hoy, míster Wilson. En aquellos momentos ningún circuito cerrado de televisión nos ofrecía garantías suficientes, en especial porque podía producir alteraciones en la temperatura y el magnetismo de los dos compartimientos. Más tarde sí que fue posible contar con instrumentos de plena garantía, pero ya no podíamos instalarlos, porque hubiera sido preciso abrir los compartimientos y poner en peligro el resultado de la experiencia. Disponemos, eso sí, de una mirilla por la que cada día, en horas fijas, son observados los dos cuerpos.

—¿Y qué resultados se perciben?

—Naturalmente, no podemos contar pulsaciones, ni ritmo de respiración ni otras manifestaciones de la vida, puesto que hablando en

términos lo más sencillos posible, ambos cuerpos están muertos. Ahora bien, hay un hecho incontrovertible y que indica que el experimento marcha a la perfección: los cuerpos no se han descompuesto.

El primer ministro, Harold Wilson, dio una larga y reflexiva chupada a su pipa, mientras contemplaba a sus interlocutores.

—¿Tienen un aspecto natural?

—Completamente, aunque no vemos sus rostros.

—En ese caso no hay duda de que la experiencia constituirá un magnífico éxito.

—Por nuestra parte casi estamos convencidos de ello, aun cuando nada podrá decirse hasta el último minuto. Y precisamente por ello queremos solicitar la opinión del Gobierno de Su Majestad. ¿Es conveniente dar al hecho una gran difusión en la Prensa?

—Supongo que preguntan ustedes eso porque mucha gente ha olvidado el experimento y quizá conviniera volver a despertar la atención, ¿no es así?

—Exacto, señor primer ministro.

—¿Pero estamos seguros de que la experiencia será un éxito?

—Las perspectivas son excelentes, como acabamos de decir, pero no podemos estar seguros del resultado final.

Harold Wilson dio otra lenta chupada a su pipa. Sus cabellos blancos y bien cuidados brillaban bajo la luz concentrada de la habitación.

—En ese caso, señores —dijo—, creo que lo más prudente será esperar el resultado final. Nada hay peón para la buena marcha de un experimento científico que el nerviosismo que siempre acompaña a las grandes campañas de Prensa. Si todo se desarrolla como nosotros esperamos, el impacto sobre los lectores podrá ser sensacional igualmente, y todo el mundo agradecerá a ustedes su esfuerzo. Pero mientras tanto sigan trabajando serenamente, como hasta ahora, puesto que ese es el único camino para llegar al éxito. Por otra parte me intranquiliza pensar en la opinión de la gente si se la excita con grandes titulares en los periódicos y luego ese hombre y esa mujer no se recuperan de su letargo, es decir si están muertos. Porque no olviden, señores, que la temperatura muy baja a que se hallan sometidos puede haber evitado perfectamente su descomposición. Es decir, desde la mirilla quizá estén viendo ustedes dos cadáveres conservados en hielo.

—Esa es una posibilidad que tenemos muy en cuesta, señor primer ministro, aunque nos parece evidente que algunos síntomas de descomposición serían perceptibles de todos modos. Pero creemos que, en efecto, la única postura prudente y científica es seguir como hasta hoy.

—Yo sé lo agradeceré mucho.

Todos los reunidos se pusieron en pie.

—¿Para cuándo esperan que esos cuerpos vuelvan a reanimarse? —

preguntó Harold Wilson.

—La recuperación de la temperatura debe empezar a partir de mañana. Contando desde ese momento, es probable que la situación se prolongue durante tres días más.

—Entonces hay que suponer que esta semana se producirán en Inglaterra acontecimientos que llamarán la atención del mundo.

—Así es, señor primer ministro.

—Les doy las gracias por su visita y les ruego que me tengan informado al minuto de la marcha de los acontecimientos, así como a mí honorable colega de la oposición.

—Lo haremos como usted desea.

Todos los visitantes se despidieron. La noche había caído sobre Londres y sobre aquel rincón de Downing Street, uno de los sitios menos espectaculares y sin embargo más importantes del mundo. Una niebla espesa ascendía desde el río, llenando el aire de extraños presagios.

Harold Wilson, al quedar solo, retiró la pipa de sus labios y pensó en lo que aquello podía significar para el mundo entero y para el destino de la Humanidad.

Algo que se recordaría por los siglos de los siglos. Algo que cambiaría quizá el destino de los hombres.

Buena noticia para los periódicos, si todo salía como estaba calculado.

Pero las noticias que publicaron los periódicos dos días más tarde eran bien distintas de las que había imaginado el primer ministro.

Porque lo único que los titulares anunciaron fue que en el Banco de Inglaterra acababa de cometerse el robo más sensacional de todas las épocas.

OCHO

Ketty abrió los ojos.

Una sensación de que estaba flotando en el espacio, una sensación de terrible irrealidad, de estar fluctuando entre las fronteras de la vida y de la muerte, fue lo único que percibió en aquellos momentos.

No era una sensación agradable, ni mucho menos.

Los que están al borde de la muerte, los que luchan aún con sus últimas fuerzas, aferrados a la postrer frontera de la vida, tienen sensaciones parecidas a esa.

Ketty notaba que su cuerpo no tenía peso.

Era como si ella no existiese.

Ni siquiera sabía por qué estaba allí, en aquella habitación cerrada y bajo una luz cenital que era casi idéntica a las empleadas en los depósitos de cadáveres.

Todo su pasado era como una cosa muerta.

No recordaba su nombre. Le parecía como si acabase de nacer.

Aquella especie de parto monstruoso de una mujer que ya tenía veinte años era tan terrible como la misma muerte.

Ketty vio que estaba tendida sobre una mesa. Intentó ponerse en pie.

Se notaba sin fuerzas, pero sin embargo también notaba como si su cuerpo no tuviera peso. Una cosa compensaba la otra.

Al verse en pie, le falló el sentido del equilibrio.

Cayó de bruces.

Ketty estaba llorando de desesperación en su interior, pero las lágrimas no brotaban de su cuerpo casi deshidratado.

Su delgadez era muy notable.

Tenía la mirada extraviada, y claramente se advertía que había perdido el sentido de la proporción de las cosas.

Apoyada de codos en la mesa, sintiendo una nausea infinita, hizo el gesto de vomitar, pero nada surgió de su estómago completamente vacío. Un esfuerzo angustioso le hizo sentir como si fueran a romperse las fibras de su garganta.

Quedó quieta, crispada, sintiendo un deseo espantoso de morir.

Su cuerpo era como el de un niño que ha pasado nueve meses en el seno materno. Todo en él protesta contra la luz, contra el aire, contra la vida entera, y si pudiera se refugiaría otra vez en la oscuridad eterna del vientre

de la madre. Algo parecido ocurría a Ketty, que había pasado diez años hundida en el Gran Reposo. Todo su cuerpo ansiaba volver a aquella oscuridad y a aquella calma a las que ya se había habituado. Pero un resto de inteligencia decía a Ketty que todo aquello era falso, que debía esperar, esperar…

Aguardó durante casi media hora, sin cambiar de posición, intentando tan solo acostumbrarse a aquella nueva vida.

Poco a poco se fue rehaciendo.

Su memoria le trajo un debilísimo atisbo del mundo que fue, cuando las manos palparon aquellas hojas que estaban sobre la mesa, impresas en letra muy grande, casi del cuerpo veinte.

Eran las instrucciones para cuando la «resurrección» se produjese. Era un compendio de todo lo que Ketty debía hacer.

Al principio no lo entendió.

Su cerebro paralizado no podía comprender algo que al principio le fue tan habitual: la escritura.

Aquellas letras eran como signos sin sentido, como garabatos ininteligibles hechos por un niño.

Poco a poco, muy poco a poco, el cerebro de Ketty fue recuperando parte de sus antiguas facultades.

Pudo recordar algo —muy poco— de lo sucedido, y las palabras impresas en aquellas hojas se le hicieron más comprensibles.

Debía, ante todo, tomar dos pastillas de las que estaban en un tubito, junto a las hojas. Luego debía esperar.

Ketty obedeció.

Las pastillas no le produjeron ninguna sensación, y durante media hora permaneció tan postrada como lo estuviera antes. Luego, por fin, empezó a sentirse algo más animada.

Su memoria volvía casi prodigiosamente. Sus fuerzas físicas empezaban a rebrotar.

Leyó entonces la segunda parte de las instrucciones.

Debía acercarse a la única puerta que había allí, una puerta metálica dotada de un volante, como las de las cajas de caudales. Le bastaría girar dos veces aquel volante hacia la derecha. Una guía en color rojo indicaría cada vuelta. La puerta se abriría entonces sin ninguna dificultad.

Ketty, tambaleándose, avanzó hasta el volante y siguió fielmente las instrucciones.

La puerta se abrió.

A pesar de que las otras estancias también tenían la temperatura regulada, Ketty sintió un calor espantoso llenando todo su cuerpo.

Estuvo a punto de perder el sentido. Sin embargo tenía un organismo de primera clase, cien veces probado por los científicos, y eso fue lo que la obligó a seguir.

Sus reflejos eran perfectos.

El automatismo de sus músculos resultaba extraordinario, después de ser sometidos a tan terrible prueba Cualquiera que la hubiese visto se habría dado cuenta de que era una mujer vacilante y al borde de sus fuerzas, pero el solo hecho de que pudiera moverse ya resultaba fabuloso, teniendo en cuenta la prueba que acababa de sufrir.

En las dos estancias vacías que atravesó, había flechas luminosas. También puertas abiertas.

Todo contribuía a indicar un camino.

Ketty lo siguió, y de pronto se encontró en una estancia ligeramente más iluminada. La muchacha no lo sabía, pero las intensidades de la luz habían sido graduadas progresivamente, de una manera científica, para que sus ojos se habituaran sin esfuerzo. Gracias a eso pudo ver Ketty a dos hombres que parecían aguardarla.

Le pareció como si viese a dos animales antediluvianos.

Aquellos dos hombres llevaban bata blanca y tendían solícitos sus brazos hacia ella.

La muchacha no pudo resistir aquella nueva sensación, después de haber atravesado las barreras de la muerte, y perdió el sentido.

⋆ ⋆ ⋆

Lo primero que oyó, cuando dos horas más tarde recobró el dominio de sí misma, fueron las noticias relativas al robo del Banco de Inglaterra.

Estaba tendida en un lecho bastante duro, y había multitud de aparatos de control puestos sobre su cuerpo. Seguramente medían una a una las reacciones de su organismo. En la habitación, que era grande y bien decorada, había solamente tres hombres ya mayores. Los tres llevaban batas blancas, pero ninguno de ellos se dio cuenta de que Ketty empezaba a recuperar el sentido.

Algo parecía preocuparles mucho más.

Sus voces llegaban débiles, pero claras, a los oídos de Ketty.

—Pat despertó una noche antes.

—Desde el lugar donde él se encontraba hasta el lugar donde se almacenan los nuevos billetes prestos a ser puestos en circulación, no había más que una puerta muy fácil de abrir.

—Había allí billetes por valor de diez millones de libras.

—Tres hombres habían logrado penetrar en el Banco de Inglaterra, desconectando los timbres de alarma, y llevaban al parecer dos días ocultos en el interior del edificio. Pero no podían entrar en los lugares donde se almacenan los billetes, y mucho menos el oro. Su presencia allí no hubiese ofrecido gran peligro.

—Pero Pat, que solo siguiendo las indicaciones luminosas tenía la salida franca hasta el local de conserjería, les abrió, sin saberlo, una de las

puertas fundamentales.

—Todos pasaron al interior. Inmovilizar al pobre Pat no debió costarles ningún trabajo.

Pat, Pat… El nombre llegaba lejanamente a oídos de Ketty, llenándola de zozobra. ¿Qué era lo que ella tenía que recordar con relación a Pat? ¿Qué había ocurrido antes de que *aquello* empezase?

Las voces seguían flotando en torno a ella, unas veces muy lejanas, otras pareciendo como si se acercasen nuevamente…

—Como todos los billetes eran grandes, no necesitaron muchas bolsas para sacar los diez millones. Los dos empleados de conserjería, que no habían advertido nada, fueron asesinados. A Pat lo raptaron, sin duda. Luego un vigilante dio la alarma, pero ya era demasiado tarde.

—Quizá ha sido el robo más importante desde que existe el Banco de Inglaterra.

—Yo creo que, en efecto, lo ha sido.

—Pero esos billetes estarían numerados. No podrán cambiar ni uno de ellos en todo el país.

—La policía supone que aquella misma noche fueron despachados, ocultos en fardos de mercancías, fuera de Inglaterra.

—¿Y qué harán con ellos? ¿Cómo les será posible a los ladrones utilizar esa fortuna?

—Tienen dos caminos.

—¿Cuáles?

Las voces se iban haciendo más y más concretas. Ketty era cada vez más dueña de sus facultades.

Una de aquellas voces explicaba:

—De los dos caminos uno es largo y el otro es corto, pero más caro para los ladrones. El largo consiste simplemente en esperar. Poco a poco los billetes cuya circulación ya había sido autorizada por el Gobierno, pueden ir siendo cambiados en el extranjero, sobre todo aprovechando las grandes aglomeraciones turísticas, cuando la probabilidad de que alguien tenga en cuenta las series y las numeraciones es casi nula. Otro camino consiste en vender los billetes, a un precio inferior, a un gobierno de los que en este momento hacen una fuerte competencia comercial a la Gran Bretaña. Semejante cantidad de divisas en poder de determinados países se haría peligrosísima para nosotros. Y nos resultaría muy difícil demostrar que el Gobierno rival ha obrado de mala fe.

Otra voz susurró:

—De un modo u otro, los ladrones obtendrán provecho, de eso estoy seguro. Pero lo más triste es lo ocurrido con este pobre Pat.

—Lo han raptado, y será como un niño en sus manos.

—Por la mirilla que daba a su compartimiento debió haber un hombre vigilando día y noche, pero no se juzgó necesario. Y así se explica que

lograra recuperarse sin que nadie se diese cuenta.

—No fue descuido. Intencionadamente querían saber si Pat era capaz de salir por sí mismo.

—Pero el pobre se encontró ante los ladrones.

—Los cuales quizá le hayan matado ya.

—La policía está rastreando todo el país, pero no creo que encuentre nada.

—Ese pobre Pat está perdido.

De pronto uno de los hombres que hablaban volvió ligeramente la cabeza hacia el lecho de Ketty.

—Eh… ¿Qué ocurre?

Ketty acababa de lanzar un grito, tras agitarse en la cama como una epiléptica.

Y otra vez había perdido el sentido. Pero ahora en su rostro parecía palpitar la angustia de una mujer que no quisiera haber salido de las fronteras de la muerte.

Los tres científicos hicieron sonar un timbre de alarma. Se precipitaron sobre ella.

NUEVE

El Londres que encontró Ketty, al volver a la vida normal una semana después, había cambiado bastante. Diez años habían dejado en la ciudad una profunda huella.

Londres, por otra parte, es una ciudad de profundo carácter, de densa e interesante historia.

A mediados del siglo XVIII empezó a tomar Londres el aspecto que tiene en la actualidad. Fue entonces cuando los magnates de la City comenzaron a vivir fuera de los límites de esta, en los suburbios y en los pueblecitos de las afueras que forman parte ahora del gran Londres, haciendo todos los días un viaje hasta su lugar de trabajo.

A medida que Londres empezó a perder el carácter de una comunidad residente, se alteró considerablemente su apariencia exterior. Las pequeñas casas de ladrillo, construidas en los siglos XVII y XVIII, fueron remplazadas gradualmente por edificios más altos y decorativos. Se construyeron nuevas calles que atravesaron la City hasta su centro, como Queen Victoria Street. La instrucción del Viaducto de Holborn, sobre Farrigon Road, alteró uno de sus aspectos más característicos. La zona sagrada fue invadida por los ferrocarril les, y alrededor de sus estaciones —Holborn Viaduct, Liverpool Street y Cannon Street— se levantaron hoteles inmensos. Llegaron a constituir uno de los aspectos más típicos de la City, las compactas muchedumbres que salían de las estaciones a las primeras horas de la mañana y regresaban a ellas después del cierre de las oficinas. La faz de la City cambió por las entradas en colores vivos de las estaciones del Metropolitano, y sus calles fueron animadas por elegantes autobuses. Presidiendo estas alteraciones se elevaba la Catedral y las iglesias construidas por Wren.

El siglo XX se ha caracterizado por el aumento de tamaño de los edificios ocupados por las empresas industriales y financieras. Esta tendencia arquitectónica se ha manifestado en las principescas mansiones construidas en la City para albergar a los Bancos, Compañías de Seguros y Compañías industriales de todas clases. El aficionado a la historia de la City puede hallar todavía edificios apacibles y sin pretensiones de la época anterior, ocultos y empequeñecidos por las nuevas estructuras de seis, siete y ocho pisos. Los restaurantes y bodegones del siglo XVIII todavía sirven comida a la antigua usanza.

En los años anteriores a la última guerra mundial la City presentaba el espectáculo de una gigantesca muchedumbre en plena actividad durante el día y de un silencio y soledad absolutos durante la noche. De día las calles estaban congestionadas con coches particulares taxis y autobuses, los pavimentos se cubrían con una multitud de gentes empleadas en las más diversas ocupaciones. Pero, al anochecer, todos desaparecían, aprovechando una u otra forma de transporte, para ir a sus hogares situados en los suburbios o en los campos, y las vías y los callejones de la antigua ciudad no eran utilizados más que por los gatos y los policías. Las iglesias construidas para una población desaparecida, atraían cada vez menor número de fieles.

Después llegó la guerra, y los alemanes decidieron hacer de la City uno de sus objetivos predilectos de la Gran Bretaña para los ataques aéreos.

El bombardeo concentrado que empezó en setiembre de 1940 y continuó hasta mayo de 1941, al principio noche tras noche, pero con graduales intervalos más distantes después, destruyó o averió muchos de los edificios más antiguos y valiosos de la City, devastando amplias zonas e inmuebles dedicados a oficinas y almacenes. Los ataques pretendían hacer imposible la vida y el trabajo de la City. Consiguieron que fuera difícil, peligroso y muy incómodo, pero con su intento de barrer la vieja población, los alemanes liquidaron uno de sus míticos temas de propaganda favoritos: la leyenda de que la City de Londres era el hogar de parásitos plutócratas desprovistos de patriotismo y de valor y de todo sentimiento humano que no fuera su propio egoísmo. Porque en vez de huir de su puesto a la primera señal de peligro, como habían creído los alemanes, la gente de la City desplegó en los momentos de prueba una fortaleza y estoicismo que pasarían a la historia.

Todas las mañanas, en aquellos meses del «blitz» llegaban todos a sus lugares de trabajo. Con frecuencia, para alcanzarlos, había que recurrir al espíritu de iniciativa y al tesón de cada uno. Los autobuses y los metropolitanos solían quedar detenidos al acercarse al centro de Londres, y las líneas ferroviarias funcionaban con dificultad. Algunas personas tenían que cubrir a pie grandes distancias, otras usaban bicicletas; y los propietarios de coches particulares ofrecían los asientos disponibles a los viandantes. Abriéndose camino por los montones de vidrios rotos que cubrían las calles, dando grandes rodeos para evitar las vías bloqueadas, cuantos trabajaban en la City llegaban a sus oficinas, o a las ruinas y restos humeantes de edificios que las habían albergado.

No se percibía desesperación ni resentimiento: solo se notaba la determinación de seguir trabajando. Las oficinas que eran todavía habitables se acondicionaban rápidamente, reparando provisionalmente las ventanas y techumbres; las empresas cuyos locales habían quedado destruidos eran acomodadas gracias a la hospitalidad de otras más

afortunadas. En algunos casos, Compañías que habían mantenido entre sí una gran rivalidad compartieron los mismos locales en la hora del infortunio. En más de una ocasión, las esquinas de las calles se convirtieron en oficinas provisionales. Por todas partes se veían avisos, trazados generalmente con yeso sobre la puerta de un edificio bombardeado, dando cuenta de la nueva dirección de una empresa. Algunos nombres comerciales de fama mundial podían verse escritos en yeso sobre los muros ennegrecidos de edificios incendiados.

En aquellos días era casi imposible obtener en la City una comida, una taza de té e incluso un vaso de agua. Sin embargo, después de terminar su jornada, todos los oficinistas y empleados, que en muchos casos habían prestado su servicio en la guardia interior o como vigilantes de incendios, con sus gargantas secas y sus ojos inflamados por el polvo y el humo y los nervios fatigados por el ruido que hacían al derrumbarse los edificios, se disponían a resolver el problema de regresar a su domicilio. Al atardecer podían verse las avenidas que parten de la City llenas de empleados trepando por los escombros camino de su casa. Se formaban colas interminables frente las estaciones del Metropolitano que estaban abiertas. En medio de aquella aglomeración, el director de una Compañía solía estar al lado de un escribiente, y el gerente que disfrutaba de unos ingresos grandiosos compartía sus angustias con un recadero de su empresa. Se destacaron las mujeres por su heroísmo y su paciencia.

De este modo la City siguió su labor. Londres fue la primera ciudad de Inglaterra atacada en gran escala y continuamente, siendo objeto de bombardeos incesantes en mayor proporción que los demás lugares. Los trabajadores de la City, con su ejemplo, con su resolución de cumplir con su deber, fueron un estímulo que alentó a otras poblaciones en los difíciles momentos de aquella dramática época.

Aunque subsisten la mayor parte de las iglesias y muchos de los antiguos edificios, la City ha perdido, sin duda alguna, mucho de su aspecto tradicional. No sería práctico reconstruir sus calles estrechas y tortuosas, trazadas con arreglo a un plan medieval. En lugar de las oscuras y angostas calles de otros tiempos se abren avenidas rectas, amplias y modernas. Pero el espíritu de la City, que es mucho más importante y fundamental que su estructura física, sigue conservándose, y en el nuevo mundo de la postguerra, Londres ha vuelto a ganar el prestigio financiero y mercantil tradicionales.

Diez años después de la «muerte» de Ketty, Londres era, además, una ciudad invadida por el turismo.

La muchacha, al volver a la vida normal, creyó estar hundida en una auténtica vorágine.

DIEZ

En un despacho de New Scotland Yard, tres hombres se hallaban reunidos para tratar de uno de los acontecimientos que más habían apasionado a la opinión inglesa en la última década, más incluso que el famoso robo al expreso de Glasgow.

Aquellos tres hombres eran los doctores Ranson y Bates, especialistas de fama mundial en el aspecto de metabolismo y nutrición del cuerpo humano. El otro era el inspector Norman, que no estaba allí por méritos propios, sino como sustituto de su jefe, repentinamente enfermo.

Norman era demasiado joven para investigar en aquel desconcertante caso. Efectivamente, no tenía más allá de treinta años, y a los treinta años raramente un hombre ha alcanzado los puestos de mayor responsabilidad, a menos que sea un hijo de papá o haya hecho una buena boda.

Pero Norman era indiscutiblemente un hombre que llegaría lejos.

Aquellos tres investigadores reunidos en un sombrío despacho tras cuyas ventanas se veía flotar la niebla, estudiaban el caso de Pat y de Ketty, junto con el robo del Banco, desde los puntos de vista médico y policiaco. En realidad una cosa estaba unida a la otra de un modo casi indisoluble.

Norman, representando en aquel caso a la policía, e indirectamente a la opinión pública, se creyó en la obligación de preguntar:

—¿Es perfecto el estado de salud de Ketty?

—Perfecto no, pero va recuperándose. Su organismo había sufrido estragos que en aquella época no fueron tenidos en cuenta. Una persona dotada de una naturaleza normal no hubiera llegado a superar la terrible prueba, pero ella va restableciéndose. Sin embargo nuestro trabajo es lento, porque su metabolismo aún no es normal. Las capas sensibles del estómago apenas se han revitalizado. Falta de jugo gástrico, a Ketty le es terriblemente difícil digerir los alimentos.

—¿Pero se encuentra más fuerte?

—Eso sí, sin duda. Y podemos considerarla, si no surgen complicaciones, fuera de peligro. Hemos autorizado que dé unos breves paseos por Londres, aunque siempre acompañada.

—¿Cuándo se la podrá interrogar?

Los médicos torcieron el gesto.

—¿Es que la policía tiene en ello un interés especial?

—Desgraciadamente sí.

—¿Por qué?

—Es la única persona *viva* que estaba en aquella zona del Banco de Inglaterra cuando el robo fue cometido.

—¿La única persona *viva*? ¡Eso es una monstruosidad! ¡Ketty estaba oficialmente muerta, e incluso los años transcurridos no han pasado por su organismo! ¡Sigue siendo tan joven como cuando fue encerrada en los frigoríficos! ¡Y ni ella se dio cuenta de nada ni puede decir una sola palabra a la policía!

Norman asintió silenciosamente.

—Me doy cuenta, pero es absolutamente necesario que esa mujer diga lo que sabe. Llámenlo rutina, si les parece mejor así. De un modo u otro, en el atestado que se ha abierto sobre este caso debe figurar una declaración de la muchacha.

—Tardará en realizarla.

—¿Por qué?

—Su estado físico no le permite interrogatorios ni emociones. Por otra parte hemos observado en ella algo temible, aunque sin duda es muy lógico.

—¿A qué se refieren?

—Esa muchacha ha perdido la memoria acerca de extensos pasajes de su vida. Su cerebro, que estuvo prácticamente paralizado durante diez años, no ha retenido muchas de las cosas que le sucedieron antes del experimento. Para ella todo lo pasado está como entre nieblas. Si se la obliga a recordar con demasiada intensidad, es posible que sufra incluso una crisis de locura.

—¿Qué aconsejan entonces?

—No hay más remedio que dejarla recuperarse. Es una labor lenta y en la que no nos podemos permitir ningún desliz. Lesionar la saluda mental de esa muchacha sería un auténtico crimen.

—Comprendo.

—Sígala si quiere, Norman, y hágala vigilar todo lo que le parezca, pero sin que ella lo note. Más adelante, cuando vuelva a ser una muchacha normal, tal vez llegue el momento de someterla a interrogatorio… aunque nunca podrá decirles nada.

Norman se daba cuenta de que por el momento debía resignarse.

La policía iba a quedar reducida a un triste papel ante uno de los robos más importantes de la historia de Inglaterra, pero cualquier precipitación aún estropearía más las cosas. No le quedaba más opción que seguir a la muchacha, hasta que fuera posible adivinar si ella sabía realmente algo.

Norman abrió la carpeta del expediente que tenía sobre su mesa y miró una foto de Ketty a gran tamaño, con la cual se iniciaban los documentos de la investigación. Dijo en voz baja:

—Lo peor es que es demasiado joven y demasiado bonita. Demasiado joven para morir.

⋆ ⋆ ⋆

Durante los días siguientes, Norman se preguntó con insistencia por qué diablos había dicho aquello.

¿Es que algún peligro amenazaba a Ketty? ¿Es que él tenía algún motivo para suponer que iban a intentar matarla?

—No, y sin embargo…

Norman no lograba arrancarse de la cabeza el pensamiento de que Ketty, de un modo u otro, estaba relacionada con aquel robo. Aun sin saber nada, ella había visto alguna vez a los que lo cometieron. Ella le daría la pista que le llevaría hasta su guarida.

Y Norman empezó a seguirla personalmente, sin confiar a nadie más aquella misión, mientras en toda Inglaterra la campaña de Prensa desprestigiaba más y más a la policía.

Aparentemente esta no adelantaba nada.

No tenía ninguna pista, no sabía dónde estaba el dinero, no había podido detener ni siquiera a un sospechoso…

Solo contaba con una mujer que en parte había perdido la memoria. Una mujer de la que Norman llegó a conocer las costumbres tan bien como si fuera su propio marido.

⋆ ⋆ ⋆

Ketty siempre hacía la misma vida.

Había pedido residir en las afueras de Londres sin volver a Taviton Street, donde vivió antes. Este inexplicable capricho no había logrado entenderlo nadie, y Ketty tampoco dio ninguna explicación. Pero parecía como si tuviera miedo al lugar donde antes vivió. Norman visitó las antiguas habitaciones, las revisó enteramente, pero no logró encontrar nada que justificase aquel cambio.

Quizá era porque allí había vivido junto a Pat, y Pat ahora ya no estaba con ella. ¿Pero lo recordaba verdaderamente Ketty? ¿Por qué no lo nombraba nunca?

Había muchas cosas que Norman no lograba entender, y la conducta de Ketty no contribuía a aclarárselas.

Ella siempre salía por la mañana a la misma hora. Vagaba por los campos solitarios cercanos al aeropuerto de Croydon. Parecía buscar algo, pero no tenía la menor prisa por encontrarlo. Jamás hablaba con nadie. Era como una sombra y resultaba difícil descubrir en ella el menor sentimiento, la menor emoción.

Quizá, en efecto, había perdido parte de la memoria. Quizá era verdad

que se movía en un mundo donde muchas cosas ya no tenían significado para su alma.

Norman, después de varios días, llegó a penetrar en la vida de aquella mujer, llegó a sentirse identificado con ella, con sus pensamientos, aun cuando no la comprendía.

Fue algo instintivo lo que le impulsó a hablarla. Un sentimiento al que no sabía dar nombre le obligó a acercarse a ella una mañana en que la suave niebla lo cubría todo.

—Buenos días, Ketty —dijo francamente—. Soy un policía al que han ordenado protegerla.

Ketty no contestó.

⋆ ⋆ ⋆

Norman era un hombre paciente, educado, amable, y además era muy joven. Por eso quizá le era más fácil penetrar en el mundo de Ketty, un mundo lleno de sombras, pero también de ilusiones truncadas. Lo único que necesitaba Ketty era un poco de ternura, un poco de amor, y Norman supo darle ambas cosas no como un enamorado sino como un amigo. Aunque a veces, al ver tan cerca a la muchacha, sentía cosas que no hubiera querido sentir.

Pero debía ser cierto que ella había olvidado pasajes enteros de su vida anterior.

Norman lo comprobaba al enseñarle algunos edificios de Londres. Decía por ejemplo, mostrándole la Galería Nacional:

—Qué aspecto tan triste tiene esta mañana el Museo Británico, ¿verdad?

Ella asentía.

Evidentemente no recordaba el edificio. Era como un niño al que se enseña Londres por primera vez. Esta misma prueba no podía Norman hacerla con edificios tan clásicos como el Parlamento, porque la memoria de Ketty solo presentaba lagunas parciales. Pero desde luego no recordaba la Galería Nacional, ni el palacio de Saint James, ni la mayor parte de los cines y teatros que tenían más de diez años de antigüedad. En cambio recordaba pasajes enteros de libros leídos antes de su «muerte», y títulos y argumentos de películas que había visto en aquella época.

Mientras tanto Norman y ella eran ya buenos amigos.

Pero aún no habían descubierto «la casa».

⋆ ⋆ ⋆

La descubrieron una mañana en que Ketty paseaba por las cercanías de Croydon, como tantas y tantas veces. Fue entonces cuando se dio cuenta Norman de que la muchacha había estado buscando precisamente aquello.

Era una casa pequeña, rodeada de un espeso jardín, y se adivinaba que

llevaba abandonada tiempo y tiempo.

¿Diez años quizá?

La hiedra había trepado por las húmedas paredes, y cubría casi enteramente el edificio. Los cristales de las ventanas estaban rotos. Al menos una docena de gatos habían tomado aquello por su vivienda estable, y desde la lejanía les miraban avanzar con sus ojos fosforescentes.

Norman susurró:

—¿Habías vivido aquí?

—Esta es la casa… donde tenía… que habitar… con Pat.

Por primera vez mencionaba ella el nombre de Pat. Por primera vez volvía a centrarse en su antigua vida.

—Después de casaros, ¿ibais a vivir aquí?

—Sí…

La muchacha hablaba casi religiosamente, con respecto, con trémula voz, como si tuviera miedo de espantar sus recuerdos.

—¿Y Pat? ¿Qué hace Pat?

La pregunta había sido demasiado directa. Los ojos de la muchacha se nublaron.

Se acercó a la cancela de la entrada, que estaba entornada solamente, y la empujó. Un mundo de silencio, de soledad, salió a su encuentro cuando ellos penetraron en el jardín. Los gatos se retiraron silenciosamente, mientras la niebla envolvía la casa poco a poco. Las paredes espectrales, cubiertas por la hiedra, parecían ahora infinitamente altas.

La muchacha acercó la mano a una rendija entre dos piedras de la fachada, ahora enteramente cubierta por las plantas trepadoras.

Extrajo una pequeña llave.

La llave había estado diez años allí, en aquella pequeña rendija, sin que nadie acertara a descubrirla. Ketty la introdujo en la cerradura y abrió con grandes dificultades, porque las piezas estaban ya casi oxidadas.

La casa olía a cerrado y a húmedo. Algunas paredes presentaban manchas. Las cortinas servían de sustento a largas telarañas, y los muebles cubiertos de polvo habían perdido su color original.

Ketty, quieta en el vestíbulo, miró todo aquello con la misma expresión que si un rayo de luz acabara de iluminar las tinieblas de su pasado.

—Pat y yo teníamos que vivir aquí… —balbució—. Temamos que vivir en esta casa…

—¿La hizo amueblar él?

—No, yo. A mi gusto. Le di una sorpresa el día en que se lo enseñé todo. Era una casa tranquila, solitaria, donde los dos íbamos a ser felices. Algunas veces veníamos aquí… nos besábamos quietamente, junto a esa puerta…

Las lágrimas habían asomado a los ojos de Ketty.

Norman se dio cuenta de que recordaba, y de que el mundo de sus

recuerdos era infinitamente amargo.

—Pero… ¿dónde está ahora Pat? —susurró—. ¿Dónde?…

Quizá era cruel, pero necesitaba aclarar aquello. Aun exponiéndose a romper el difícil equilibrio espiritual de la muchacha, necesitaba preguntarlo.

—Pat… ha muerto…

Era la primera vez que lo decía. Norman sintió un escalofrío.

—¿Ha muerto? ¿Cuándo? ¿Acaso lo han matado los hombres que lo raptaron en el Banco?

—No… Murió hace diez años. Lo mató Jules.

Era también la primera vez que pronunciaba aquel nombre.

Las lágrimas surcaban ahora, densas y amargas, las mejillas de la muchacha.

⋆ ⋆ ⋆

Jules…

Aquel solo nombre decía poca cosa, pero en manos de los expertos de Scotland Yard representó pronto algo así como una auténtica montaña de pistas.

Pronto se supo que Jules era primo de Ketty.

Que había trabajado como corredor para algunos establecimientos comerciales hasta 1955. Y que se ganaba razonablemente bien la vida. A veces muy bien.

Frecuentaba en esas ocasiones los cabarets caros y se le veía en compañía de chicas alegres por las cercanías del Soho.

Se supo también una cosa muy importante:

Aquel tal Jules había muerto en 1955.

Pocos días después del sensacional experimento a que fueron sometidos Pat y Ketty, se encontró en una de las playas semirocosas, al norte de Londres, una cartera de bolsillo conteniendo documentos, dinero y pequeñas facturas a nombre de Jules Bencey. También fue encontrado un zapato correspondiente al número que él usaba. Aunque el cuerpo no fue hallado, eso no tenía nada de especial tratándose de una zona sujeta a fuertes corrientes marinas en aquella época del año. El cuerpo podría ser arrastrado muchas millas mar adentro, donde terminaría siendo devorado por los peces. O quizá lo habían lanzado al mar con un peso amarrado a las piernas, en cuyo caso no aparecería jamás. La cartera y el zapato eran las únicas huellas de su paso. Huellas, por otra parte, muy lógicas.

Desde entonces, la policía ya no había vuelto a saber más de aquel hombre. Ni la policía ni nadie.

Norman inició una investigación en el hotel donde había vivido Jules. Nada. Había desaparecido bruscamente en octubre del año 55 sin abonar la cuenta. Una denuncia fue presentada contra él. La denuncia dormía aún

en una comisaría de barrio, según pudo comprobar Norman.

Se investigó en el club al que Jules había pertenecido. Nada tampoco. Ni rastro de él en diez años.

La mayor parte de las chicas alegres cuya compañía él frecuentó, ejercían ya otras profesiones bastante más discretas. La mayoría regentaban bares, pensiones y pequeños tugurios. Bastantes se habían casado… ¡E incluso una de ellas era maestra de niñas!

Ninguna recordó haber visto a Jules cuando se les mostró su foto. No. Ni rastro de él en diez años. Precisamente les extrañó al principio, porque Jules era un cliente bastante puntual. Luego le fueron olvidando, como tantas cosas se olvidan en este perro mundo.

Norman invirtió en estas investigaciones más tiempo del que hubiera deseado. En circunstancias normales, la pista representada por Jules habría sido desdeñada a causa de lo absurda, ya que Jules no podía haber matado a Pat cuando Pat era el hombre que fue depositado en los sótanos del Banco de Inglaterra, según certificó Daladier, uno de los jueces más ilustres del mundo, y de cuyo testimonio nadie podía dudar. Pero la situación era tan confusa que Norman estaba decidido a seguir cualquier pista, por loca que fuese.

Y esta lo era.

Los resultados obtenidos no le llevaban a ninguna parte.

Cuando, días más tarde, volvió a entrevistarse con Ketty, la encontró más hundida, más triste que nunca.

—Me temo que tus recuerdos te hayan engañado esta vez, Ketty.

—¿Por qué?

—Jules murió, o quizá fue asesinado.

—¡Pero antes mató a Pat!

—Me temo que sufres un error, Ketty. Pat no pudo morir puesto que fue depositado cerca de donde tú estabas, en los sótanos del Banco de Inglaterra. Tenemos sobre ello docenas de evidencias, todas ellas tan indiscutibles que no te las quiero enumerar ahora. Pero lo que parece seguro también es que Jules murió. Las investigaciones que he realizado son completas. No me cabe la menor duda de que no ha sido visto en diez años.

La muchacha cerró un momento los ojos.

Era la pura imagen de una mujer torturada, vencida, y sin embargo había en ella una dulzura que cautivaba a Norman, aunque este no quisiera confesárselo.

Se daba cuenta de que, en cierto modo, la vida de Ketty había sido deshecha.

¿Hasta qué punto la ciencia tenía derecho a penetrar de tal modo en las entrañas de un ser humano? ¿Por qué se habían robado a aquella mujer no solo diez años de su vida, sino también diez años de sus recuerdos?

Norman estaba abrumado por su fracaso profesional, ya que no había adelantado un solo paso, y también por lo que pudiera ocurrirle a Ketty.

Un médico, tras observarla discretamente en una conversación preparada de antemano dos días después, le dijo que Ketty tenía mamas depresivas, y que era muy fácil que un día, sin darse cuenta, se suicidase.

A Norman este pensamiento le obsesionó durante casi una semana, hasta que otros acontecimientos vinieron a distraerle.

El acontecimiento fue un crimen repugnante pero que, al parecer, para nada se relacionaba con el robo del Banco de Inglaterra.

ONCE

Norman había estado adscrito durante un tiempo, cuando empezó su carrera, a la vigilancia de los lugares de diversión nocturna de Londres. Conocía docenas de garitos, de extraños tugurios, de lugares de corrupción y de hombres y mujeres que los frecuentaban.

Sin embargo poquísimas veces había tenido que intervenir en asuntos relacionados con las buenas costumbres.

La ley inglesa, tan respetuosa con la libertad individual, considera que un hombre o una mujer tienen incluso el derecho de equivocarse. Normalmente nadie es detenido por ejercer la prostitución o por desviaciones homosexuales. Todo lo que no perturbe de una manera abierta el orden público, es válido para la ley.

Pero Norman tenía archivados en la memoria docenas de casos penosos, y en especial historias de mujeres que pudieron ser de otro modo si hubieran encontrado a tiempo una mano amiga.

Por eso Norman era benévolo con ellas, era educado, procuraba que nunca se creyesen perdidas ni al margen del mundo.

Cuando alguna de ellas tenía un hijo, y sobre todo una hija, hacía lo posible para que recibieran una buena educación. Si alguna prostituta ya vieja tenía hijas jovencitas de las que pretendía que la «ayudasen» en su oficio, Norman intervenía entonces con todo el peso de la ley. Una vez —la única en su vida en que pegó a una mujer—, empleó incluso los puños para quitarle aquella condenada idea de la cabeza a una de sus conocidas. Y le quitó la idea, pero también algunas pulgadas de piel.

Norman había llegado en eso a una decisión bien fija: Todo el mundo es libre de seguir su camino, pero precisamente por ello nadie debe ser influido por un mal consejo ni por un mal ambiente.

Debido a ello no es de extrañar que aquella noche, cuando su compañero Brandon sufrió un accidente de coche y hubo que amputarle la pierna, Norman le escuchara con desusado interés.

—Iba a detener a una chica de dieciséis años… —balbucía Brandon—. Era el único medio de evitar que cometiese un fatal error… Yo vigilaba aquella zona y había llegado a saber que ella tenía una cita con un fulano ya mayor, una especie de buitre que últimamente está buscando carne joven por los sitios alegres de Londres. La chica es inocente a su modo, y desde luego se la considera virgen. Estaba aguardando en la puerta de un

bar, sin duda el sitio convenido para la cita, y cuando yo iba a detenerla me atropelló aquel camión… Me duele mucho por la pierna, Norman… Pero me duele tanto como eso el haber fallado igual que un idiota…

Norman, con los labios apretados, imaginó la escena. Ahora, mientras ambos hablaban, se estaría realizando un típico acto más de corrupción de los que con tanta frecuencia acaecen en nuestro delicioso mundo occidental. Un caso como aquellos contra los que él había luchado toda su vida…

—¿No hay modo de evitarlo ya? —susurró—. Yo conozco muy bien todos aquellos ambientes. ¿Quién es la chica?

—Hija de una furcia llamada Pretty Bel.

—La conozco. Es ya vieja y está retirada de sus «gloriosas» actividades. ¿Pero habrá sido capaz de corromper a su propia hija?

—Tú ya sabes lo que ocurre… El noventa por ciento de esas mujeres tienen para sus hijos un corazón de oro… Pero el otro diez por ciento son víboras… ¡Víboras repletas de veneno!

Norman apretó los labios.

—Yo sé dónde vivía Pretty Bel. No creo que haya cambiado de sitio, porque era un lugar casi ideal para ella. Si la pequeña está en su casa, yo lo arreglaré todo aún. Tu esfuerzo no habrá sido en vano, Brandon… Te lo prometo.

Norman salió.

Sí, él sabía dónde vivía aquella zorra llamada Pretty Bel «Bonita Isabel», que diez años antes aún ganaba y dilapidaba el dinero a manos llenas en las calles de Londres.

La casa, situada en una de las zonas más típicas y concurridas del Soho, con dos restaurantes en la planta baja, constaba de tres pisos, y en el más alto de ellos vivía Pretty Bel.

Norman no se entretuvo en hacer caso de las cuestiones legales, aunque sabía le expuesto que era aquello. Simplemente, con una ganzúa abrió la puerta.

La casa tenía tres habitaciones. Él había estado allí años antes, e incluso conocía su distribución. Penetró sin vacilar, como el que entra en su propio apartamento.

Si encontraba allí a la hija de Pretty Bel con su nuevo amigo, los detendría a los dos. Aun exponiéndose él por su parte a un castigo, no consentiría una vulneración tan miserable de todas las leyes morales.

Pero las leyes que allí se habían vulnerado eran más graves aún. Norman lo fue viendo mientras penetraba en la casa.

En el pasillo había, desparramadas por el suelo, prendas íntimas de mujer. Prendas confeccionadas con ropa cara, con picardía, con esa especial distinción que hace de un simple cuerpo de mujer un misterioso mundo.

Había allí dos dormitorios.

En la puerta del primero, Norman se detuvo con una muda expresión de horror.

El llevaba años sin ver a Pretty Bel, pero no creía que se hubiera conservado tan bien. Aún hubiera sido una mujer hermosa… de no ser por la espantosa cuchillada que le segaba el cuello de parte a parte.

Pretty Bel estaba desnuda, y a juzgar por las botellas de alcohol desparramadas por el suelo, allí se había celebrado una fiesta en grande. Pero el ojo experto de Norman descubrió enseguida detalles que le hicieron sospechar algo más terrible.

La mujer había sido desnudada después de su muerte, no antes. Y las botellas de licor estaban en un desorden demasiado grande para ser verdad. Habían sido colocadas allí para dar la sensación de una orgía romana… que no tuvo lugar nunca.

Quizá Pretty Bel había sorprendido a su hija con aquel individuo y entonces él la mató. ¿Pero por qué, si la misma Pretty Bel había consentido en aquello? ¿O quizá había recordado en aquel hombre a alguien que no quiso ser reconocido?

Pero eso significaba que…

Norman se detuvo, petrificado, en la puerta del segundo dormitorio.

La chica no debía tener más de dieciséis años, como bien había dicho Brandon. Era maravillosamente bonita. O lo había sido. También estaba desnuda, y una cuchillada salvaje le había segado el cuello de lado a lado, igual que a su madre.

Norman avanzó hacia ella como un fantasma.

Todo estaba lleno de sangre, todo era rojo como en un maldito sueño. Norman casi sintió vértigo.

No obstante, su costumbre profesional le hizo fijarse en todo, hasta en los menores detalles, y por eso vio aquel billete.

Aquel billete de diez libras.

DOCE

Ketty había decidido irse a vivir a la casa solitaria cercana al aeropuerto de Croydon.

No sabía qué fuerza misteriosa la había obligado a tomar aquella decisión. No sabía qué impulso la llevaba a resucitar los años de su felicidad, que ahora parecía tan lejana y tan muerta. Pero el caso fue que, casi sin proponérselo serenamente, se instaló allí, después de limpiar la casa y cambiar algunos muebles.

Pasaba muchas horas solitaria en el jardín, que iba cuidando poco a poco, amorosamente, resarciéndolo de aquellos diez años de abandono.

Las flores comenzaban a brotar de nuevo y de un modo distinto, ya libres de la maleza que las ahogaba. Los arbustos del jardín empezaban a recobrar su forma.

Algunos de aquellos tiestos, los más delicados, los llevaba Ketty a su dormitorio para que la acompañaran en sus horas de soledad.

Pero ocurrían cosas muy extrañas.

Cosas misteriosas, que hubieran asustado a Ketty caso de ser esta de otro modo.

Por ejemplo, ella el primer día subió dos tiestos a su dormitorio, y los colocó cerca de la ventana.

A la mañana siguiente, había tres.

Todos con flores, todos hermosos, todos adornando el ambiente con el verde de sus hojas.

Ketty creyó haber contado mal, y esperó un día. No ocurrió nada. A la noche siguiente subió dos tiestos más. Total cinco.

Y por la mañana, al despertarse, vio seis.

Ketty empezó a tener una terrible sensación de pesadilla, la sensación de que se volvía loca.

Una especie de vértigo la dominaba. Por las mañanas se despertaba con una terrible pesadez.

Decidió no subir más tiestos a su habitación, pero dos días más tarde los que había allí eran siete.

Fue entonces cuando Ketty tuvo la sensación de su propia muerte. Cuando creyó estar viéndola.

Y fue entonces también cuando perdió el conocimiento por primera vez.

TRECE

Norman dejó la lupa sobre la mesa y miró con expresión reconcentrada a los dos hombres que le acompañaban en su despacho.

Los dos eran expertos numismáticos, y de su dictamen no se podía dudar. Su opinión respecto a aquel billete había sido definitiva:

—Se trata de uno de los robados en el Banco de Inglaterra. La numeración y la serie coinciden. Lo hemos examinado punto por punto y no se trata tampoco de una falsificación.

Norman entrecerró los ojos.

Por primera vez tenía en sus manos una pista. Aquel billete aclaraba tantas cosas que bien podía decirse que la situación había dado la vuelta completamente. En sus manos tenía por fin algo que podía llevarle a la solución de aquel misterio.

Uno de los expertos preguntó:

—¿Dónde fue hallado este billete?

—En la casa de una mujer de vida alegre. Junto al cadáver de su hija.

—Diablos, eso significa que…

—Eso significa que los ladrones del Banco de Inglaterra han empezado a gastar ya su dinero, aunque en pequeñas cantidades y en sitios muy discretos.

—¿Es que las diez libras era lo que ese granuja iba a pagar a aquella pobre muchacha?

—Posiblemente pensara pagarla más; eso no lo sé. Pero, sin duda, al matarla no dejó allí ninguna clase de dinero. Esas diez libras debió olvidarlas, o se le cayeron sin que se diera cuenta de uno de sus bolsillos. El caso es que ahora ya tenemos una pista: los ladrones del Banco de Inglaterra están en Londres, y el dinero, o al menos parte de él, se encuentra en su poder.

—¿Se sabe quién fue el que se entrevistó con aquella muchacha, inspector? ¿Hay algo sobre eso?

—Desgraciadamente no. He interrogado a docenas de mujeres de vida alegre y a otros tantos de esos sujetos repugnantes que se encargan de suministrarles clientes. Durante horas y horas, mi despacho ha parecido la sucursal de un burdel, pero desgraciadamente no he encontrado la menor pista. Yo creo que alguien recomendó a Pretty Bel a aquel cliente y le dijo que estaba dispuesto a gastar mucho dinero, haciéndole incluso un

anticipo. De otro modo Pretty Bel no hubiera estropeado nada menos que la virtud de su hija. Pero el tipejo repugnante que haya facilitado esa cita, no hablará. Hay dos crímenes de por medio. Se dejará arrancar la piel, sea quien sea, antes de reconocer que sabe una palabra.

Uno de los expertos farfulló:

—¿Teme que pueda tratarse de un nuevo «Jack el Destripador»? Las mujeres de vida airada de Londres están muy expuestas a encontrarse con esa clase de tipos. No sé si es la niebla, el clima o el que en este país hay más chiflados de lo que parece. Pero…

—No, no se trata de un nuevo «Jack el Destripador». Ese fulano no pensaba matar a la chica, sino divertirse con ella. Le hubiera pagado bien; seguramente se hubiesen visto durante una temporada. Pero ocurrió algo que le hizo cambiar de opinión. Que le convirtió en un desesperado.

—¿La madre? ¿Pretty Bel?

Norman juntó un momento las manos y reflexionó, ordenando sus pensamientos:

—Sí, eso es —dijo al cabo de unos instantes—: Pretty Bel. Posiblemente quiso saber en el último momento quién estaba con su hija. Quién era el ricachón que se iba a gastar con ella una pequeña fortuna. Y el ricachón, el tipo a quién buscamos, se dio cuenta de que podía ser reconocido. Era sin duda un viejo amigo de Pretty Bel. Se dio cuenta de que algo muy importante podía hundirse para él si aquella mujer hablaba, y perdió la cabeza. Las mató a las dos.

—¿Pero qué es lo que podía hundirse para aquel tipo?

—Una de las fortunas más colosales del país. Él tenía parte del dinero robado al Banco de Inglaterra.

—¿Y Pretty Bel podía descubrirle…?

—Yo he estado investigando acerca de la muerte de un hombre llamado Jules Bencey —dijo calmosamente Norman—, y entre las personas interrogadas figuran bastantes mujeres de vida alegre, ahora ya casi todas más virtuosas que hace diez años, le conocían. Ninguna de ellas le había visto en todo ese tiempo. Ello solo puede significar una cosa, y es que ese tipo —el que había estado diez años ausente— reapareció de pronto ante los ojos de Pretty Bel. Si esta hablaba, el fulano estaba perdido. Por eso la mató, y no le quedó más remedio que exterminar también a la hija.

—¿Y cuál es el nombre de ese asesino?

—El nombre de alguien que estuvo diez años encerrado, muerto, en el subsuelo del Banco de Inglaterra.

Los ojos de los dos hombres que estaban frente a Norman, se abrieron como si los hubiera movido un solo resorte.

—Pat… ¿Es posible que Pat?…

—No, Pat no —dijo Norman sombríamente—, sino el hombre que lo mató.

⋆ ⋆ ⋆

La increíble historia de que le había hablado Ketty, el asesinato de Pat, empezaba a tomar cuerpo en la mente de Norman.

Ni por un momento había creído aquello cuando la muchacha lo mencionó. Lo que Ketty sufría era una pesadilla, una especie de mala jugada que le gastaban sus diez terribles años de soledad, sus diez años de *muerte*. Ahora, sin embargo, aquello tomaba un aspecto distinto.

¿Y si Pat hubiera sido sustituido poco antes del experimento? ¿Y si el que estuvo encerrado en el subsuelo del Banco de Inglaterra no fue aquel hombre justo y bueno, sino alguien capaz de poner en marcha el mecanismo de un robo con diez años de antelación?

¿Y si aquella situación increíble se hubiera producido?

Norman decidió investigar por aquel camino, pero desgraciadamente las dificultades eran inmensas.

Parte de los sabios que entonces constituyeron la junta reunida en Washington, habían muerto ya. El juez que actuó de notario se encontraba retirado en Australia. Fue complicadísimo localizarlo, hasta que al fin dijo que, según sus recuerdos, Pat había salido unos momentos de la habitación después de extender él el acta.

Lo increíble iba adquiriendo realidad.

¿Y si Pat había sido asesinado en el brevísimo intervalo en que estuvo fuera de la habitación, usurpando su identidad otra persona?

Las envolturas de material plástico en que los dos cuerpos fueron enfundados, para mayor facilidad del experimento, no eran lo bastante transparentes para que a través de ellas se distinguieran los rostros.

Entraba, pues, en lo posible, que uno de los cuerpos depositados en el Banco de Inglaterra perteneciese a un hombre que no fuera Pat. ¡Un hombre que hubiera decidido correr aquel riesgo, pensando luego en el robo más fabuloso de todas las épocas!

Norman se dio entonces cuenta de que podía estar sobre la verdadera pista. Solo tenía que encontrar a Jules, quien habría matado a aquellas dos mujeres en el Soho para evitar ser reconocido por Pretty Bel.

Inmediatamente transmitió una orden confidencial a todas las patrullas para encontrar a aquel hombre. Su fotografía fue difundida entre todos los agentes de servicio en cualquier lugar de Inglaterra.

Pero antes Norman, para asegurar su pista, tenía que hablar con Ketty.

⋆ ⋆ ⋆

Ketty estaba sumida en la penumbra de su habitación. Su tez parecía muy pálida. Bruscamente ella, que en días anteriores pareció haber recobrado otra vez el gusto por la vida, había pasado a tener el aspecto de una mujer enferma sin remedio.

—¿Qué te pasa, Ketty? ¿Por qué vives aquí?

—Esta casa me gusta.

—Te va a perjudicar esta soledad. No tienes buen aspecto. Para ti es mil veces mejor la animación de Londres que esta espantosa quietud.

—Londres me aturde.

—Pero esto es como si volvieras a repetir el experimento. Como si te gustase estar muerta…

—Quizá me guste. Quizá, en el fondo, es que no deseo vivir.

Norman se mordió el labio inferior.

—Ketty… ¿qué te sucede?

—Nada… Vivo tranquila aquí. Vivir en esta soledad es cuanto deseo.

—Quizá yo tengo la culpa de eso.

—¿Por qué ibas a tenerla, Norman?

—Me precio de ser el único amigo con que cuentas en este momento. Al principio salí contigo, te animé, intenté que volvieras a ser la muchacha alegre que siempre habías sido. Últimamente he hecho todo lo contrario. Te he dejado sola, y la soledad es terrible para una muchacha como tú.

Ella intentó sonreír, pero su sonrisa era temerosa y lejana.

—Ya notaba que no venías a verme. Hasta llegué a pensar que yo te daba como… como un poco de miedo. ¿Dónde has estado?

—Investigando. Y he llegado a la conclusión de que me dijiste la verdad, Ketty.

—¿La verdad? ¿Qué clase de verdad?

—Ahora empiezo a creer que Jules mató a Pat.

Los ojos de Ketty se nublaron. Intentaba luchar contra sus emociones, pero le era imposible. Afortunadamente para ella, el recuerdo de Pat estaba difuminado por diez años de una soledad absolutamente igual a la soledad de la muerte. Lo que en otro momento hubiera sido un llanto desgarrador, quedó reflejado en los ojos de Ketty solamente por dos lágrimas.

Pero sus manos temblaban.

—Jules vive… —susurró.

—Sí, creo que vive. Se dejó encerrar en lugar de Pat pensando cometer uno de los robos más audaces que recuerda la historia de Inglaterra. Al fin y al cabo él no iba a *sentir* el paso de aquellos diez años, y luego se convertiría sin ningún esfuerzo en multimillonario… Ni siquiera los diez años habrían transcurrido para él. Sería igualmente joven, como lo eres tú. Fue eso lo que le impulsó a maquinar su genial jugada.

Dejó una pequeña pausa antes de añadir la pregunta decisiva:

—¿Podrías ayudarme a encontrar a Jules, muchacha?

—¿Por qué crees que puedo ayudarte?

—Él estaba enamorado de ti.

—¿Enamorado? Él era incapaz de sentir amor. Lo único que ocurría era

que yo le gustaba físicamente. Nada más.

Y la muchacha hundió la cabeza, juntando sus manos sobre su regazo. Así, en aquella postura, parecía una niña. Sus ojos azules y transparentes no miraban a ninguna parte. Sus cabellos delicadamente rubios eran como una deliciosa mancha de luz y de color en la penumbra.

Norman se dijo que no era difícil enamorarse de Ketty. Que había en ella algo distinto, una serenidad, una distinción que las otras mujeres no tenían. ¿Era quizá porque había atravesado el umbral de la muerte? ¿Tal vez porque había sentido cosas que las otras mujeres no sentirían jamás?

—Jules no había penetrado en mi mundo —dijo ella lentamente—. Apenas nos veíamos, y cuando nos encontrábamos él siempre decía alguna inconveniencia. Su modo de hablar del amor era directo, grosero y exclusivamente ceñido a los aspectos materiales. Me deseaba, pero jamás me quiso. Nunca supe ni tan siquiera dónde vivía, de modo que mucho menos lo sabré ahora, si es que está en Londres.

—¿Y por qué no vuelves allí? ¿Qué ganas, viviendo en esta soledad?

—Me siento tranquila.

—Pero esta habitación llena de flores… ¿Por qué las tienes aquí?

La muchacha no contestó.

Norman advirtió que Ketty se estremecía.

—¿Qué te pasa, Ketty?

—¿A mí? ¿Qué me va a ocurrir?

—Yo diría que tienes miedo…

—¿Miedo de qué? Nadie me molesta en esta casa. Casi te diría que soy feliz.

—Pero al hablar de esas flores… Has temblado de una manera extraña.

—Imaginaciones tuyas.

Pero las manos de la muchacha seguían temblando, y sus ojos azules evitaban mirar directamente a los de Norman.

Este susurró:

—¿Puedo pedirte que me acompañes a Londres?

—¿Para qué?

—Allí estarías más acompañada, te sentirías mejor.

—No, Norman, no voy a irme de aquí.

—Sin embargo tienes miedo…

Ella, que había clavado por un momento sus ojos en él, los desvió presurosamente.

—Nunca lo tuve, Norman.

Él se puso en pie. Comprendía que era inútil aquella conversación. En cierto modo estaba castigando, sin proponérselo, los nervios de la muchacha.

—Adiós, Ketty. Volveré mañana.

—Cuando quieres, Norman.

Ella le acompañó hasta el jardín. Las flores parecían crecer allí más que en otros sitios. Norman se dijo que debía ser porque hacía mucho más calor de lo normal en aquella época del año.

Cuando se despidió de Ketty y tomó su automóvil se dijo que seguía habiendo algo incomprensible en la vida de la muchacha.

Ketty se le quedó mirando largo rato, mientras él desaparecía; estuvo así durante varios minutos, sin hacer un solo gesto. Cualquiera hubiese dicho que era una muerta que, en virtud de un absurdo, aún se sostenía en pie.

Fue entonces también cuando Ketty vio a aquel hombre apoyado en una de las paredes del jardín, mirándola silenciosamente.

CATORCE

Aquel tipo tenía un aspecto vulgar e incluso un poco el aspecto de comparsa de una película de *gangsters*. Llevaba traje gris, sombrero algo extremado, camisa chillona y deportiva, sin corbata, y tenía la piel tostada por el sol.

Esto último indicaba que quizá había venido de pasar unas vacaciones en el Continente, pues son pocos los ingleses que disfrutan de los rayos del sol mientras permanecen en las Islas.

El desconocido debía tener unos treinta y cinco años. Llevaba las manos en los bolsillos y no le quitaba ojo de encima.

Ketty resolvió no hacerle caso. Podía ser que aquel tipo significase un peligro para ella, pero en todo caso el miedo que sentía Ketty era de otra clase. *Tenía miedo de algo desconocido, de algo que llegaba hasta ella durante las noches.* Aquel individuo era como un pedazo de la vida real, de la vida de todos los días. No la asustaba.

La muchacha, canturreando, fue a dirigirse hacia la puerta, sin hacer caso del desconocido, y en ese momento este echó a correr hacia ella.

Una extraña luz brillaba en sus ojos. Sus manos, que ya estaban fuera de los bolsillos, parecían dos garras.

Ketty cerró la puerta violentamente, y el individuo quedó como paralizado a dos pasos de la hoja de madera.

Pero no se dio por vencido.

La casa tenía muchos puntos vulnerables, y además estaba aislada por completo, de modo que aunque hiciera ruido nadie vendría en ayuda de la muchacha. El desconocido fue hacia una de las ventanas, rompió el cristal sin preocuparse del estrépito, e introdujo la mano por el hueco, abriendo con la mayor tranquilidad.

Ketty estaba quieta en el vestíbulo. Miró, paralizada por el horror, a aquel hombre que ahora pasaba una pierna por el alféizar, disponiéndose a entrar.

Sus ojos brillaban como los de un gato.

En su mano derecha pareció nacer una lengua de acero. Hasta el último momento no advirtió Ketty que aquel tipo empuñaba una navaja de resorte, y que estaba dispuesto a usarla.

Las fuerzas parecieron volver a ella. Su propio horror le dio una agilidad insospechada. No vio de momento más salida que la puerta que

llevaba a los sótanos, por la parte interior, y descendió los estrechos peldaños, sin mirar, a riesgo de sufrir una caída.

El desconocido fue tras ella.

Era inútil intentar ocultarse, porque el vestido blanco de Ketty destacaba en la penumbra como una llamada. También destacaban sus deliciosos cabellos rubios.

Al llegar al sótano se detuvo, jadeando, comprendiendo que ella misma se había metido en una trampa.

Ya no podía ir más lejos. Ya no tenía ninguna escapatoria, excepto volviendo sobre sus pasos… por un camino que ocupaba la navaja de aquel desconocido.

Ketty farfulló:

—Dios mío…

No sabía qué decir, no sabía qué pensar. De ningún modo comprendía por qué querían matarla.

Se pegó a una columna que sostenía el techo del sótano.

Así no veía al hombre, pero oía sus pasos. Los pasos que poco a poco le traían la muerte.

Escuchaba ya incluso su respiración. Sabía que estaba al otro lado de la columna, y que ella no podía escapar.

Ahora al asesino ya solo le bastaba mover un brazo. Ketty, en su turbación, le había dado más facilidades de las previstas. Un solo gesto y la hoja de acero se clavaría hasta el fondo, en el corazón de la muchacha.

Esta ni siquiera tuvo fuerzas para gritar.

Se sentía acorralada, perdida.

El frío de la muerte penetró hasta su sangre.

Oía la respiración del asesino y de pronto le pareció como si aquella respiración *fuese la de dos personas.* De pronto le pareció notar allí una presencia extraña, diabólica, que lo cambiaba todo.

Y se oyó un grito de agonía.

Un grito que repercutió en las paredes del sótano, que vibró hasta ser ahogado por los sucesivos techos de la casa.

La mano que empuñaba la navaja la dejó caer lentamente, mientras la sangre salpicaba hasta la columna donde se encontraba Ketty.

QUINCE

El horror impidió hablar a Ketty. Le impedía incluso respirar. Se sentía hundida, sin fuerzas, al borde de su propia muerte.

La sangre resbalaba por la columna. Desde su posición, Ketty veía en el suelo la mano crispada del hombre que había intentado asesinarla.

El silencio era espantoso.

Ya no se oía nada en el sótano; nada, ni siquiera el estertor que empezaba a brotar de la garganta de Ketty.

Pero mientras tanto el cerebro de la muchacha trabajaba a toda presión. Pese a la neblina que ahora parecía envolver sus pensamientos, se daba cuenta de un hecho indudable, y era que allí había alguien más que ya había matado una vez… ¡y que quizá estaba dispuesto a matar de nuevo!

Bruscamente Ketty se atrevió. No podía soportar más aquel silencio y aquella incertidumbre.

Hizo girar su cuerpo a la otra parte de la columna, enfrentándose a la parte del sótano que hasta entonces había permanecido oculta a sus ojos.

Nada.

Ketty sintió que sus rodillas vacilaban.

En el sótano no había nadie, a excepción del cadáver y de ella misma. La más espantosa soledad la rodeaba.

Sus ojos descendieron hasta el cuerpo del hombre, y vio que una atroz cuchillada le había abierto la garganta. El cuerpo aún se desangraba con rapidez. La visión de pesadilla hubiera bastado para marear a una mujer menos asustada que Ketty.

Esta sintió que sus rodillas se doblaban definitivamente y tuvo que apoyarse en la columna. Solo se rehízo al pensar que iba a caer sobre el cuerpo sangrante. Aquello le dio nuevas fuerzas, y su propio horror la impulsó a salir de allí poco a poco.

Oía sus propios pasos quedos, pausados, como si resonaran dentro de una tumba.

Subió los peldaños con la angustia clavada en el corazón, sintiendo a cada momento como si el misterioso asesino —que aún debía estar allí— fuera a lanzarse sobre ella.

Llegó a la casa, que en aquel momento le pareció llena de sombras, y consiguió salir al jardín.

Nadie, no se veía a nadie.

Una menuda lluvia había empezado a caer y resbalaba sobre las hojas. La sensación de soledad era total. Las menudas gotas resbalaban desde el tejado, silenciosamente, hasta la espalda de Ketty.

Fue entonces cuando ella se sintió incapaz de resistir más aquella tensión dramática.

Fue entonces cuando corrió a través de los campos silenciosos, en dirección a Croydon, gritando como una loca.

⋆ ⋆ ⋆

El superintendente Haggart contempló alternativamente el cuerpo y la ficha que tenía en la mano. Luego dijo:

—Este tipo era Packard, detenido varias veces por robo hasta octubre de 1955. Tema ya entonces un bonito número de condenas, y en virtud de la acumulación por reincidencias se hubiera pasado muchos años en la cárcel si llega a ser detenido otra vez. Pero a partir de 1955, cosa extraña, cambió completamente de vida. Buscó un trabajo y se convirtió en un hombre honrado, al menos aparentemente. Es curioso que su antigua alisa de delincuente haya resucitado otra vez, precisamente ahora.

Norman encendió un cigarrillo. El suave hedor que ya empezaba a despedir aquel cadáver le molestaba.

—¿Se le sometió a vigilancia durante esos años?

—Durante los primeros tiempos sí, como es natural. Ninguno de nosotros —dijo Haggart—, creímos que Packard hubiera podido regenerarse verdaderamente. Pero lo cierto era que trabajaba y se comportaba con absoluta normalidad. Un par de años después dejamos de vigilarle… hasta ahora.

—¿No pensaron que podía tener entre manos una gran jugada, y que por eso fingía?

—¿Jugada? ¿Qué jugada?

—Octubre de 1955… —susurró Norman, como hablando para sí mismo —. La fecha en que probablemente mataron a Pat… ¿Y si este hombre hubiera tenido que ver algo con aquel crimen? ¿Y sí…?

Bruscamente salió de la sala de autopsia donde el cadáver iba a empezar a ser sometido a la acción del bisturí.

—¡Eh! ¿A dónde va? —gruñó Haggart.

Norman no respondió.

En sus facciones había algo parecido al miedo.

⋆ ⋆ ⋆

Packard nunca había actuado solo durante los años en que se dedicó al delito. Por aquella época Norman aún no estaba en la policía y no podía recordarlo de una manera directa, pero creía haber visto en viejos

expedientes que Packard siempre actuaba con un compañero.

Las fichas de los monumentales archivos de Scotland Yard se lo demostraron al cabo de media hora de búsqueda. Packard tenía un compañero llamado Harrison.

Harrison y él habían sido detenidos muchas veces, acumulando condenas, hasta una fecha igual para los dos: octubre de 1955.

En la fecha en que Packard había decidido convertirse en un hombre honrado, también Harrison había sido tocado por la llama de la Virtud. Y también había buscado un empleo, dedicándose durante diez años a ser un aburrido y respetable oficinista.

En la ficha, muy puesta al día, se detallaba la oficina en que trabajaba Harrison.

Norman telefoneó.

Resultó que el señor Harrison se había despedido muy poco antes. Inexplicablemente, puesto que sus relaciones con la empresa eran buenas, había solicitado la baja. Nada más sabían de él. ¿Su domicilio? En una pensión modesta cercana a Whitechapel, la «Pensión Gibbons».

Norman no perdió tiempo.

El círculo de las pistas, aunque todavía tenía muchas cosas inexplicables, empezaba a cerrarse.

A aquella hora del anochecer, la «Pensión Gibbons» estaba ocupada solamente por la dueña, que al menos debió haber sido ama de llaves de Eduardo VII, y dos tipos sospechosos, de sexo indeterminado, que se hacían carantoñas en un sofá.

La señora Gibbons dijo muy finamente que no tenía cochina idea del maldito lugar en que podía haber buscado alojamiento el repugnante señor Harrison. Desde luego, ya no estaba allí.

Norman preguntó en la vecindad. Preguntó, sobre todo, a los taxistas que frecuentaban aquella zona. Todos conocían a Harrison, pero uno de ellos recordó haberle llevado últimamente a otra pensión llamada «Variety», que era frecuentada únicamente por artistas sin trabajo.

Sin embargo, la «Variety» era una pensión cara.

Las chicas que habitaban en ella salían a pasear, además, envueltas en lujosas pieles cuando era invierno y en vestidos de seda natural cuando era verano. De vez en cuando alquilaban coches descapotables de los que tumbaban de espaldas. Y después de una temporada de estar sin trabajo y viviendo en el «Variety», las Pobrecillas, se iban a pasar unas vacaciones a la Costa Azul, como si tal cosa.

Norman, desde la época en que se dedicaba a vigilar por las calles las transgresiones a la moral, tenía su propia opinión formada sobre el «Variety».

Allí se hospedaban muy pocos hombres y muy escogidos. Siempre solos. Lo que podía suponerse era que, entre el abundante rebaño femenino que

poblaba la pensión, aquellos pocos hombres vivían como sultanes, pero debían gastarse en una breve temporada hasta el último chelín. Y si la temporada era muy larga, eso significaba que disponían de una auténtica fortuna para malbaratar.

Harrison, según supo en la vecindad, llevaba allí un mes, y al parecer no era roñoso con las chicas. A una de ellas le había regalado un abrigo de visón, y a otra un coche deportivo color blanco.

La explicación era clara.

El dinero sacado del Banco de Inglaterra pagaba todo aquello.

Norman no lo pensó más. Se hizo extender una orden de registro y entró en la casa durante la noche. La dueña de la pensión, una virtuosa dama de media edad, le prohibió rotundamente subir a los dormitorios.

Norman subió.

La velocidad con que la gente se cambiaba de habitación, corriendo de un lado a otro, no la había visto Norman ni en una carrera de galgos.

No perdió el tiempo y empezó a abrir puertas. Tras la primera de ellas vio a una chica probándose un salto de cama.

Tras la segunda, otra chica ajustándose un liguero.

Tras la tercera, otra que empezó a gritar despavorida y a preguntar qué indecencia era aquella.

Claro que por debajo de la cama que había en la habitación salía la mano de un hombre, lo cual indicaba que la chica o no era inocente o era ciega.

Norman volcó la cama.

El tipo que estaba debajo, un fulano con aspecto de banquero lleno de suegras y de hijos, le prometió que si no decía nada a nadie le entregaría cien libras.

Norman le tiró la cama encima.

Abrió otra habitación, y entonces vio a Harrison. A Harrison lo conocía él a través de las fotos pegadas a la fichas del Yard.

Pero había cambiado bastante.

En peor.

Porque ahora el pobre tenía el cuello rebanado por dos sitios, y los ojos desorbitados parecían mirar fijamente a la puerta.

⋆ ⋆ ⋆

En el primer instante Norman quedó paralizado. El estupor le impidió moverse.

Luego se dio cuenta de que aquel tipo se estaba desangrando y de que, por lo tanto, había sido acuchillado apenas unos minutos antes.

Se volvió.

La hoja de acero rozó su garganta, dejando en la piel un delgado surco rojo.

No vio a su agresor en la oscuridad del pasillo sumido en sombras. Pero sujetó su mano, cuando la delgada lengua de metal volaba hacia su vientre y maniobró según una de las más clásicas llaves de judo, deporte que Norman practicaba con frecuencia. Lo hacía como método de defensa propia, pensando en el día en que tuviera que casarse.

Su enemigo dio una vuelta de campana, mientras lanzaba un alarido y soltaba la navaja.

Cayó a los pies de Norman, y este se dispuso a aplicarle la segunda parte de la llave, que consistía en un puntapié al cuello y en una presa de torsión para romperle el brazo. Pero o su adversario también era experto en judo o estaba sumido en esa especie de estado febril que da la desesperación. Norman se sintió volteado a su vez, como si le hubiera impulsado una catapulta.

Chocó contra una de las paredes, mientras al fondo del pasillo se oían gritos de mujeres. Lamentó con todo su corazón que la ley inglesa prohibiera a los policías llevar armas.

Su enemigo huyó a toda velocidad, hasta lanzarse con gran estrépito por una ventana que había al fondo del pasillo, y que daba a un tejado más bajo y luego a la calle.

Norman no lo persiguió. En cierto modo era innecesario, y además estaba demasiado asombrado para hacerlo.

Porque había reconocido al fugitivo. Porque se había dado cuenta de que era el propio Jules.

DIECISÉIS

Norman dio cuenta a sus superiores de lo ocurrido en el «Variety». Lo hizo por teléfono y en un par de minutos. No dijo, en cambio, que sabía quién era el asesino.

Eso era cuenta suya.

Buscar a un fugitivo como Jules en el área de Londres era tarea difícil, pero realizable si uno sabía tocar los resortes oportunos. Uno de ellos era el coche en el que Jules había huido, un «Jaguar» blanco. Las propias chicas de la pensión se lo describieron. Era un coche de campeonato. Jules venía a veces por allí, a visitarlas.

Luego hubo que interrogar a los guardias de tráfico.

Estos recordaban el coche y no fue difícil seguir su ruta. Norman lo había localizado una hora más tarde en un garaje de Charing Cross, donde le dieron la dirección del dueño.

Este era un hombre muy rico, muy silencioso, muy aficionado a las chicas jóvenes y que se hacía llamar Topper.

Pero por la descripción no podía ser más que Jules.

¡Jules, quien había permanecido diez años en estado de muerte aparente, y que ahora quería desquitarse del tiempo perdido! ¡Jules, quien había matado a la hija de Pretty Bel cuando se dio cuenta de que la madre acababa de reconocerle! ¡Jules, que tenía un interés definitivo en que se le considerara muerto! ¡El granuja que había liquidado a los dos hombres que seguramente le ayudaron a matar a Pat, diez años antes! ¡El buitre que así no tendría que repartir el dinero con nadie!

A Packard debió enviarlo a liquidar a Ketty pero solo para poder acorralarlo en un sitio solitario y conseguir asesinarle él a su vez, antes de que pudiera hacer nada a la muchacha, a la que quería conservar viva porque le seguía gustando. En cuanto a Harrison, lo había liquidado en un sitio de esos donde nadie dice una palabra de más, donde nadie conoce a nadie.

¡Y ahora estaba solo, en poder de una auténtica fortuna!

¡Y Ketty estaba sola también!

Norman resolvió no perder un segundo.

Aunque no tenía armas ni orden de registro, penetró por una ventana que daba a un patio interior en el lujoso apartamento que ocupaba al parecer el respetable «señor Topper».

Hacía calor.

Un calor impropio de Londres, pegajoso, extraño, y que hacía que la ropa se pegase al cuerpo. ¡Y es que el verano de 1965 estaba resultando de alivio! ¡Había empezado prácticamente en abril y tenía aspecto de no ir a terminarse nunca!

Solo al entrar en la habitación, Norman ya se dio cuenta de que había cometido un error.

Jules le aguardaba.

Estaba dispuesto a todo, y sabía que entre la sombra del patíbulo y él se alzaba la figura de un solo hombre. Un loco que había querido hacer él solito todo el trabajo de Scotland Yard. Un suicida que estaba buscando la muerte… ¡y que iba a morir!

⋆ ⋆ ⋆

El disparo de pistola, hecho con silenciador, alcanzó a Norman en el costado derecho. Lanzó un gemido y vaciló al borde de la ventana, mientras su enemigo se disponía a disparar de nuevo.

Pero Norman tuvo suerte esta vez. Cayó hacia el exterior, en lugar de caer hacia dentro. Desde la altura de un piso se precipitó al fondo del patio vecinal, mientras la segunda bala de Jules se perdía inútilmente en una de las paredes de la casa frontera, tras rozarle la clavícula.

Norman se dio cuenta de que la herida no era grave si se la atendía enseguida, pero podía convertirse en mortal apenas la descuidasen. Un espeso sabor a sangre le llenó la boca. Tambaleándose, salió por un estrecho callejón, lleno de cubos de basura, a Charing Cross, mientras las ventanas de la vecindad se abrían y se llenaban de rostros asombrados. Jules, que ya le llevaba unos minutos de ventaja, corría en estos momentos hacia su garaje, en busca del «Jaguar».

Norman disponía de un «Morris 1.100». Los dos vehículos casi chocaron al enfilar a terrible velocidad los alrededores de Nelson Square. Pero Jules era dueño de sus nervios, y Norman, en cambio, perdía sangre. El «Morris» derrapó, chocó contra una farola y recuperó difícilmente el equilibrio, mientras el «Jaguar» se perdía en la distancia.

Iba en dirección al aeropuerto de Croydon.

¿A tomar a toda prisa un avión que lo llevara fuera de las islas? ¿O quizá a apoderarse de Ketty?…

DIECISIETE

Ketty estaba en su habitación casi completamente desprovista de flores. Solo había unos cuantos tiestos en la ventana, cuyas hojas recibían la luz de la luna.

La muchacha dormía pesadamente.

Estaba muy pálida, y daba la sensación de encontrarse sumida en una especie de narcosis. Su pulso era muy débil. La relajación de sus músculos no parecía normal, de tan intensa.

No pudo darse cuenta de la presencia de aquella sombra que entraba en su habitación sucesivas veces, trayendo algo al parecer completamente inofensivo.

¡Flores!

¡Flores para una hermosa muchacha dormida!

Hacía calor, y la piel de Ketty sudaba, pero parecía como si a la muchacha le faltaran fuerzas para destaparse. Desde cerca de la medianoche la habitación estaba ya llena, completamente llena de tiestos con flores.

La misteriosa sombra ya no había vuelto a entrar más.

Puertas y ventanas estaban rigurosamente cerradas. La atmósfera se iba haciendo irrespirable.

Las plantas, que durante el día envían oxígeno al aire, purificando y renovando la atmósfera, durante la noche hacen justamente lo contrario. Absorben el oxígeno y lo transforman en anhídrido carbónico. Esta función, conocida por todos los niños de las escuelas, es también conocida por algunos asesinos. Unos asesinos que pueden hacer morir a sus víctimas dulcemente, en silencio, rodeadas de las flores que ya han de servir para su propio funeral…

Ketty notaba aquella falta de oxígeno, pero no podía despertar.

La atmósfera se iba enrareciendo de una forma sutil, lenta, paulatina. Las fuerzas de Ketty disminuían sin que ella lo supiera. ¡Recorría el camino de la tumba sin darse cuenta de que había empezado a andar hacia allá!

Fuera, en las sombras de la casa, entre el espantoso silencio que imperaba allí, alguien acechaba.

Alguien que estaba esperando el resultado de su crimen con la misma calma con que un científico espera el resultado de sus experimentos.

Empezaba a amanecer. Un sol extrañamente intenso se elevó sobre los

campos solitarios. Un calor bochornoso, impropio de aquella zona empezó a caldear la casa.

Los cristales de las ventanas no solo no impedían el paso de los rayos del sol, sino que parecían concentrarlos sobre los tiestos.

Ketty no notaba el calor. No notaba nada, salvo la oscura sensación de estar flotando entre un mar de sombras. Iba a morir en silencio, sin ni siquiera un suspiro, sin una queja.

De pronto la quietud que rodeaba la casa se vio cortada por el estruendo de un avión al despegar desde Croydon. La intensa actividad del aeropuerto internacional comenzaba con el nuevo día.

El ruido del avión impidió oír el que causaba un poderoso coche, un «Jaguar», al acercarse a la casa.

El «Jaguar» había dado una enorme vuelta, intentando desorientar a su perseguidor, y al final creía haberlo conseguido. De él descendió Jules. Con mirada crítica examinó la casa.

Vio la enorme cantidad de tiestos con flores acumulados tras una sola ventana, y una suave sonrisa distendió sus labios.

Bien.

Todo marchaba.

Entró en la casa sin que nadie le oyera. El hombre que estaba acechando junto al dormitorio de Ketty aún tenía los oídos llenos del zumbido del avión cuando vio a Jules ascender por las escaleras.

Ese hombre se despegó lentamente de entre la penumbra.

Un rayo de luz, penetrando por una ventana lejana, dio de lleno en su rostro.

Jules le dirigió una sonrisa torcida, llena de preocupación.

—Hola, Pat —dijo suavemente.

⋆ ⋆ ⋆

Pat había cambiado bastante en aquellos diez años. Seguía siendo un hombre atractivo, pero ahora Jules parecía bastante más joven que él. No en vano para el uno habían transcurrido diez años y para el otro no había transcurrido ni un solo día.

Pat masculló:

—¿A qué has venido?

—Hay problemas, Pat. Tenemos que largarnos inmediatamente. No sé incluso si llegaremos a tiempo.

—¿Problemas? ¿Pero qué dices?

Las facciones de Pat se habían ensombrecido. Sus ojos destilaban una ira fría, lenta, que hacía estremecer.

—Comenzaste a estropear las cosas cuando mataste a aquellas dos mujeres, cerdo… —masculló.

—Te equivocas —dijo Jules—. Por aquello no me hubieran atrapado

jamás. Y no me quedó más remedio que hacerlo, puesto que aquella bruja de Pretty Bel me había reconocido, y yo necesitaba seguir oficialmente muerto. Las cosas se han estropeado no por mí, sino por esos imbéciles de Packard y de Harrison. Sobre todo por Harrison, que se puso a vivir en un sitio donde la policía husmea de tarde en tarde, y además dejó de trabajar. Pero los eliminé, como tú me dijiste. A uno aquí mismo, al otro en la pensión «Variety». También he estado a punto de eliminar al buitre que nos persigue. Es un solo tipo. Se llama Norman.

Pat entrecerró los ojos.

—¿Uno solo? ¿Seguro?

—Sí.

—Entonces podremos eliminarle si se acerca a este lugar.

—No es prudente, Pat… Mejor huir. El dinero está escondido y algún día podremos volver a por él. Ahora somos solamente dos a repartir, porque Packard y Harrison han sido eliminados. ¡Date prisa, Pat!

—Ketty aún no ha muerto.

—Pero morirá… He visto las flores desde fuera. El anhídrido carbónico terminará con ella.

—Ahora las flores ya no lo despiden.

—Pero sigue respirándolo… La habitación no tiene oxígeno… ¡Vamos, no perdamos tiempo! ¡Aún podemos escapar!

Pat vaciló unos instantes.

Parecía no decidirse a dejar aquel escenario donde se sentía tan seguro de sí mismo, tan poderoso, tan dueño de sus nervios.

Aquella vacilación sacaba de quicio a Jules.

—Date cuenta… —murmuró—. Todo esto lo pensamos cuando aquellos imbéciles reunidos en Washington creyeron haber elegido un hombre sabio, bueno y justo. Sabio sí que lo eres indiscutiblemente, pero lo otro… Recuerdo lo que reímos entonces, Pat. Tú te habías prometido a Ketty porque ella tenía algún dinero, pero tu prima Stella te gustaba demasiado para prescindir de ella. ¡Y entonces tuviste una oportunidad magnífica para deshacerte de Ketty, para pasar diez años fenomenales en compañía de Stella y para realizar con mi ayuda el robo más audaz de la historia de Inglaterra! Solo necesité hacer de hombre «malo» ante Ketty, fingir que te mataba y ocupar tu puesto. Tu trabajo, en cambio, consistió en hacerte el muerto ante los dos imbéciles de Packard y Harrison y luego nadar bien cuando te arrojaron al agua, dejando flotar cerca de las rocas mi cartera y un zapato. Luego Stella y tú dejasteis pasar diez años… hasta que yo os abrí las puertas más secretas del Banco de Inglaterra. ¡Por eso ahora no debemos dejar que se hunda todo, Pat! ¡Debemos huir! ¡Huir enseguida!

Pat susurró:

—Claro…

—¿A qué esperamos entonces?

—Tengo ahí arriba unas pocas cosas. Sube y ayúdame, por favor.

—Claro que sí. Tengo el «Jaguar» abajo, dinero y dos direcciones de patronos de pesca que pueden sacarnos del país. ¿A qué esperas…?

De pronto su voz se cortó. No terminó la frase. Acababa de subir, pasando junto a Pat.

Y acababa de sentir algo frío en el corazón.

Muy frío.

Helado como la misma muerte.

Jules, con expresión de pasmo, cayó al suelo mientras Pat le desclavaba del corazón el estilete con que acababa de perforárselo. Sus labios, doblados en un rictus de agonía, apenas pudieron balbucir:

—Trai… dor…

Pat lo vio rodar escaleras abajo con calma, con inmensa tranquilidad mientras una suave sonrisa flotaba en sus labios.

—Solo a ti te perseguían, infeliz —murmuró—, no a mí. A mí no me busca nadie, y si algún día tropiezo con la policía podré inventar una historia fantástica acerca de un rapto… Pero no hará falta. Tu «Jaguar» está abajo, tu dinero y tus direcciones de dos patronos de pesca también… ¿Para qué necesito más?

Fue a descender también, y en ese momento una voz delgada, patética, la voz de alguien al borde de la muerte susurró desde la puerta del dormitorio:

—Pat…

Pat se volvió. Ninguna emoción se reflejaba en su rostro. Sus facciones de hombre acostumbrado a la frialdad de la ciencia, eran como las de una estatua. Vio la luz de horror, de incomprensión, de patético dolor en los ojos de Ketty, y se dio cuenta de que esta lo había visto y lo había oído todo. ¿Pero qué importaba? ¿Por qué iba a impresionarle la muda acusación de los ojos de una mujer que estaba al borde de la muerte?

Pat la empujó hacia el interior.

La falta de oxígeno llegaba a abrumar en cuanto se trasponía el umbral. Pat pudo resistirlo, pero no así Ketty. Ketty cayó sobre el lecho, desfallecida, flotando aún en sus ojos la misma expresión de incomprensión y de horror.

—Lo siento, Ketty —susurró—. Tú habías de morir en silencio. Siento que al cabo de diez años hayas tenido que conocer la verdad… Pero bien mirado, ¿por qué lo lamento? ¿Qué más hermoso que la verdad para una mujer que ama la ciencia?

Movió el estilete con suavidad otra vez. Fue a clavarlo directamente en el corazón de Ketty, pero en aquel momento alguien se arrojó sobre él.

Pat se revolvió como una fiera al sentir el contacto de la sangre. En el primer momento había creído que la sangre era suya y que le habían herido a él por sorpresa. Pero inmediatamente vio que el hombre que

intentaba defender a Ketty era un sujeto semidesangrado, al borde de sus fuerzas, un desesperado que no conseguiría nada… excepto perder su vida también, por pretender inútilmente salvar la de Ketty.

Ahora el estilete de Pat fue en busca de aquella nueva víctima.

Debía ser Norman, el único policía que les perseguía. Eliminado él, las pistas quedaban cortadas y rotas. Además ahora ya había visto demasiado. Tenía que morir. ¡Tenía que morir…!

Lanzó un primer golpe directo al corazón, pero Norman lo esquivó. Parecía increíble que aún le quedaran fuerzas a aquel tipo, después de lo que debía llevar sufrido. Pat intentó atacar otra vez, y el gancho de Norman lo arrojó contra la ventana.

¿Cómo tenía aquel tipo aún tanta fuerza? ¿Cuánto duraría?

Pat sonrió. Su enemigo no llevaba armas. Su desfallecimiento total era cuestión de minutos, de segundos tal vez. ¿De qué le servía luchar? ¿De qué?…

Avanzó trazando con el estilete suaves movimientos de zigzag.

Ahora estaba seguro de no fallar. Ahora lo exterminaría.

¿Pero por qué hacía tanto calor? ¿Por qué el sol quemaba de aquel modo en su espalda?

¿Qué temperatura debía hacer?

En aquel momento sonó la voz desgarrada de Ketty:

—No lo mates, Pat. Es el único hombre bueno que he conocido. Es el único que…

—Razón de más —musitó Pat—. Así iréis los dos juntitos a la tumba.

Fue a lanzar su cuchillada, y en aquel momento pareció como si la casa entera estallase en mil pedazos. Fue como si su cabeza se abriera en diez. Como si una zarpa gigantesca destrozara su espalda. Pat no supo, como no sabría ya nunca, que el insólito sol de aquella mañana había hecho estallar la caja explosiva que él mismo depositó en uno de aquellos tiestos diez años antes. Pat murió entre el estruendo, entre el horror, mientras que Ketty, que debió haber muerto en silencio, le miraba con lágrimas en los ojos…

Y cuando Norman la ayudó a salir de allí, de entre los escombros, y cuando el aire fue rasgado por el estruendo de las sirenas de la policía, solo supo apoyarse en el pecho del hombre y llorar dulcemente. Solo supo que, después de diez años de silencio y de muerte, era ahora cuando empezaba a vivir.

FIN

LOS GANGSTERS

ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

COMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE

Es la íntima aspiración de todo hombre que desea destacar en su trabajo.

Cuando tiene usted que redactar una carta, un informe u otro escrito cualquiera, y le asalta la duda...

LA ORTOGRAFIA

colección

MARABU ZAS

EL YOGA

Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apartar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas.

MARABUZAS

Supere su timidez

La timidez es la más cruel de las prisiones.

Nos encierra en nosotros mismos, nos obliga a presenciar encadenados cómo el éxito, el amor, el dinero y los mejores dones de la vida, desfilan más allá de nuestro alcance.

¿Por qué sometemos a semejante tortura?

En pocas páginas, poniendo en juego los enormes recursos de la sicología moderna, y sin apenas esfuerzo por nuestra parte, este volumen nos traerá una nueva y embriagadora libertad.

MARABU

ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

un VETERANO SABOR!...